


Resiliencia en víctimas de la ola invernal en el sur del Atlántico

JOSÉ AMAR AMAR • SANDRA ROJAS BARRERO • MARINA MARTÍNEZ GONZÁLEZ

LEIDER UTRIA UTRIA • GINA COLMENARES LÓPEZ



~~~~~

Este **libro de investigación** fue sometido a la revisión y aprobación de dos pares académicos externos.

~~~~~

Resiliencia en víctimas de la ola invernal en el sur del Atlántico

José Amar Amar • Sandra Rojas Barrero • Marina Martínez González •
Leider Utria Utria • Gina Colmenares López



Área metropolitana
de Barranquilla (COLOMBIA), 2019

Resiliencia en víctimas de la ola invernal en el sur del Atlántico / José Amar Amar [y otros cuatro]. -- Barranquilla, Colombia: Editorial Universidad del Norte, 2019.

122 páginas : cuadros, gráficas ; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas (páginas 109-122)

ISBN 978-958-789-127-0 (digital)

1. Atlántico (Colombia: Dept.)--Condiciones sociales. 2. Psicología positiva. 3. Resiliencia (Psicología). 4. Desastres naturales--Atlántico (Colombia: Dept.). I. Amar Amar, José Juan, 1942-. II. Rojas Barrero, Sandra. III. Martínez González, Marina. IV. Utria Utria, Leider. V. Colmenares López, Gina. VI. Tit

(CO-BrUNB) (150.1988 R433)



Vigilada Mineducación

www.uninorte.edu.co

Km 5, vía a Puerto Colombia, A.A. 1569

Área metropolitana de Barranquilla (Colombia)

© Editorial Universidad de Norte, 2019

José Amar Amar, Sandra Rojas Barrero, Marina Martínez González,

Leider Utria Utria, Gina Colmenares López

Coordinación editorial

Zoila Sotomayor O.

Asistente editorial

María Margarita Mendoza

Diseño y diagramación

Munir Kharfan de los Reyes

Diseño de portada

Agencia Uninorte

Corrección de textos

Henry Stein

Hecho en Colombia

Made in Colombia

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio reprográfico, fónico o informático, así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Proyecto

Resiliencia en víctimas de la ola invernal
en el sur del departamento del Atlántico

Instituciones responsables

Universidad del Norte
Instituto de Estudios del Ministerio Público

Investigador principal

José Amar Amar

Coinvestigadores

Camilo Madariaga Orozco
Sandra Rojas Barrero

Asesor

Daladier Jabba Molinares

Equipo técnico

Leider Utria Utria
Marina Martínez González
Claudia Robles Haydar
Diego Mercado Vitola
Gina Colmenares López
María Porto Torres
Lorenzo Zanello Riva
Martín Díaz Mora

Con la financiación de

Departamento Administrativo de Ciencia,
Tecnología e Innovación (Colciencias)
Universidad del Norte
Instituto de Estudios del Ministerio Público (IEMP)

Los autores

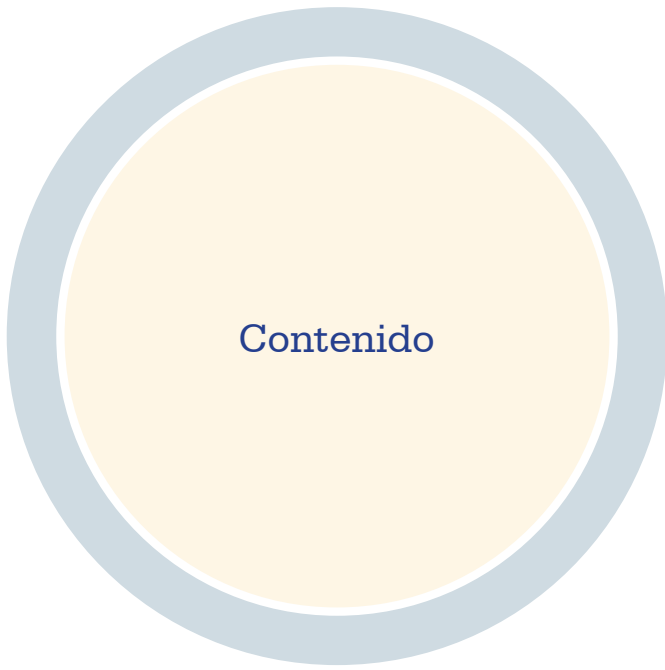
José Amar Amar. Psicólogo de la Universidad de Chile y sociólogo de la Universidad Autónoma. Doctor of Philosophy in Counseling Psychology de Newport University (Estados Unidos).

Sandra Rojas Barrero. Psicóloga de la Universidad Santo Tomás (Colombia). Magíster en Psicología Clínica y de Familia, de la misma institución.

Marina Martínez González. Psicóloga de la Universidad del Norte (Colombia). Doctora en Ciencias Sociales de la misma institución.

Leider Utria Utria. Psicólogo de la Universidad del Norte (Colombia). Doctorando en Ciencias Sociales de la misma institución.

Gina Colmenares López. Psicóloga de la Universidad de la Costa (Colombia). Magíster en Desarrollo Social de la Universidad del Norte (Colombia) y en Educación y Proyectos Internacionales de la Universidad París XIII (Francia).



Contenido

Presentación	9
Introducción	15
CAPÍTULO 1	
Ola invernal de 2010-2011 y Gestión del Riesgo en Colombia	17
El fenómeno de La Niña en Colombia	17
Emergencia invernal en el departamento del Atlántico	23
Gestión del riesgo en Colombia antes y después de 2010	24
CAPÍTULO 2	
Consecuencias psicosociales de la ola invernal de 2010-2011	43
El concepto de desastre	43
Consecuencias psicológicas de los desastres	48
Consecuencias psicosociales de los desastres	52
Voces de Bohórquez	55

CAPÍTULO 3	
Perspectiva teórica	59
Introducción	59
Antecedentes y definición de la resiliencia	59
Conceptos asociados a la resiliencia	64
Características para desarrollar resiliencia	67
La resiliencia social	69
Modelo teórico de la resiliencia	72
La prevención del riesgo y la promoción de la resiliencia en el marco de las tendencias comunicativas del siglo XXI.	74
CAPÍTULO 4	
Resiliencia para la gestión del riesgo: Florece mi Comunidad	77
Estrategia de Intervención: Florece mi Comunidad	77
Metodología de la investigación	77
Implementación del modelo	83
Estrategias de evaluación y seguimiento	88
CAPÍTULO 5	
Resultados	91
Conclusiones	103
Referencias	109



Presentación

El clima en la tierra es el resultado de una serie de interacciones entre procesos físicos presentes en la atmósfera, los océanos y los hábitos energéticos desarrollados por la humanidad. Cabe destacar que el término “clima” en este contexto está relacionado con el clima promedio producto de periodos extensos de observaciones.

El clima en nuestro planeta se ve afectado directamente por la temperatura de la superficie de la Tierra. Para profundizar un poco más en este fenómeno térmico se debe destacar que dos tercios de la energía proveniente del Sol es absorbida en su mayoría por la superficie del planeta; para poder mantener la temperatura de la superficie constante es necesario irradiar de regreso esta energía absorbida, lo que en conjunto con la presencia de nubes promueve un efecto invernadero natural que permite mantener la Tierra en temperaturas óptimas para la vida (Le Treut et al., 2007).

Ahora bien, las actividades humanas, y en especial la quema de combustibles fósiles y la tala de bosques, han incrementado el efecto invernadero, y debido a que no toda la energía proveniente de la superficie puede ser irradiada fuera de la Tierra, se generaron registros de incremento en la temperatura de la superficie del planeta (promedio del aire cerca de la Tierra y la superficie de los océanos) en 0.6 °C en el siglo pasado (Pacala et al., 2001).

El cambio climático ha sido definido como un cambio en el clima que se atribuye a la actividad humana que de forma directa o indirecta trastorna la composición atmosférica mundial, sumándose a la variabilidad natural del clima observada durante períodos comparables (Gonzales, 2009).

Investigaciones realizadas han demostrado que los gases que promueven altamente el efecto invernadero en el planeta son el vapor de agua y el dióxido de carbono (Le Treut et al., 2007). Esta conexión entre el efecto invernadero y el dióxido de carbono producto de las actividades humanas, principalmente aquellas relacionadas con la quema de combustibles fósiles y el deterioro de los sistemas naturales de mitigación de este tipo de gases (ecosistemas), han producido el deterioro de las condiciones climáticas óptimas del planeta y, por ende, las condiciones de vida de los seres vivos.

Cambio climático en Colombia y la Costa Caribe colombiana

El cambio climático tiene efectos negativos globales, de los cuales no escapa Colombia. De acuerdo con las estimaciones realizadas para los próximos años, se pronostican los siguientes cambios (Marín, 2009):

- Incremento en la temperatura promedio del país entre 2 y 4 °C, especialmente a lo largo de la región andina y en el Caribe, para las siguientes décadas.
- Alteraciones en el régimen hidrológico y reducción en las precipitaciones principalmente.
- Incremento en la intensidad y periodicidad de eventos hidrometeorológicos extremos, especialmente inundaciones y olas de calor y sequías.
- Cambios en los ecosistemas naturales, que darán lugar a desplazamiento hacia ecosistemas secos y disminución del área de ecosistemas estratégicos (páramos y nevados).
- Incremento de los conflictos por acceso y uso de los recursos naturales.

Estos cambios tienen una serie de impactos no solo desde el punto de vista ambiental sino también socioeconómico, y afectan sobre todo a las poblaciones más vulnerables. Esta problemática también influye en la alimentación, la salud y el medio ambiente, y deteriora la calidad de vida en las zonas rurales producto de los eventos meteorológicos y el incremento de la morbilidad por enfermedades tropicales (malaria y dengue), debido a la proliferación de vectores consecuencia de los incrementos en la temperatura del aire, deterioro de los recursos hídricos y las condiciones de saneamiento (Gonzales, 2009).

En lo referente a la alimentación, se pronostican pérdidas en la agricultura y cambios drásticos en la disposición de cultivos por el aumento de las inundaciones y la erosión de suelos (Gonzales, 2009). Esta problemática afecta la seguridad alimentaria del país y hace prever escasez de alimentos e incremento del costo de los mismos, lo cual repercute en las comunidades rurales y su calidad de vida, que entran a formar parte de los denominados “desplazados climáticos”, que ya comienzan a ser una realidad en el país.

Otro aspecto fundamental que se ve afectado por el cambio climático es el tema energético. Un alto porcentaje de la producción de electricidad de Colombia procede de hidroeléctricas, por lo que en momentos de sequía queda en riesgo su abastecimiento energético. Debido a que los pronósticos son pocos favorables para el país, el Gobierno nacional inició una serie de acciones en 2011 (CONPES, 3700) para garantizar la adaptación y mitigación de los efectos del cambio climático sobre las regiones más vulnerables. Es por ello que se ha iniciado una gestión coordinada a nivel nacional, con base en información precisa y oportuna, para tomar decisiones eficaces que contrarresten los efectos del cambio climático sobre la población.

Estas estrategias han sido transferidas también a los planes departamentales de gestión de riesgo, por lo que en el caso del Atlántico es evidente que las problemáticas vividas en la última década han motivado la adquisición de información veraz y en tiempo real que permita

tomar decisiones relacionadas con el cambio climático para minimizar su impacto en la población.

En este libro se presentan los resultados del proyecto de investigación “Resiliencia en víctimas invernal en el sur del Atlántico”, desarrollado por el Instituto de Estudios del Ministerio Público y la Universidad del Norte con apoyo de Colciencias; alianza fundamentada en el desarrollo de la investigación con miras al desarrollo de políticas públicas, la creación de redes y capacidades frente al cambio climático y la gestión del riesgo.

El proyecto estuvo enfocado en las personas damnificadas por la ola invernal de 2010-2011 en el corregimiento de Bohórquez, municipio de Campo de la Cruz (Atlántico), buscando identificar los factores psicosociales que caracterizan la actitud resiliente de familias que decidieron no irse a los albergues temporales, sino reconstruir y rehabilitar sus viviendas, en la mayoría de los casos con su propio esfuerzo.

El objetivo del proyecto fue validar un modelo de atención para el desarrollo de actitudes resilientes ante el cambio climático, integrando estrategias tradicionales de intervención psicosocial con otras innovadoras, como es el uso de las tecnologías de la información y la comunicación. Con esto, el proyecto pretendía aportar una metodología de intervención comunitaria que sirviera de base para la generación de políticas públicas de gestión del riesgo y estrategias de intervención para mitigar el impacto social del cambio climático y los desastres asociados a los fenómenos naturales.

Si bien el enfoque del proyecto fue fundamentalmente psicosocial y partió de la necesidad de intervenir para mejorar las condiciones de salud mental y la dinámica social de las comunidades afectadas por la ola invernal, aun afectadas por el duelo y la fractura de sus redes sociales, los hallazgos señalan que la resiliencia ante el cambio climático y la gestión de desastres va más allá del desarrollo de capacidades individuales de adaptación a las situaciones que se prevén. La resiliencia ante estas amenazas implica el desarrollo de capacidades comunitarias

PRESENTACIÓN

e institucionales, voluntad política y alternativas económicas y sociales que mitiguen su impacto en la región.

Con este libro se hacen un llamado a los tomadores de decisión, en los distintos escenarios sociales y niveles de acción, sobre la situación de las personas del sur del departamento del Atlántico cuatro años después de la tragedia. Se muestra una posibilidad, dentro de muchas, para ir gestando un departamento más resiliente ante una realidad que es inevitable pero mitigable con la toma de decisiones pertinentes y a tiempo.

Ricardo Vásquez Padilla

Ph.D. Engineering Science

Grupo de investigación Uso Racional de la Energía
y Preservación del Medio Ambiente (UREMA),

Universidad del Norte



Introducción

Este libro presenta los resultados del proyecto de investigación “Resiliencia en víctimas de la ola invernal en el sur del departamento del Atlántico”, realizado en el corregimiento de Bohórquez, municipio de Campo de la Cruz (Atlántico), uno de los más afectados por la ola invernal de 2010-2011.

El objetivo del libro es generar reflexiones en torno a los procesos comunitarios que se vivencian en los territorios que han enfrentado desastres por causas climáticas, y sobre las posibilidades que desde la academia se desarrollan con las comunidades, las cuales permiten mejorar los procesos de atención, con el fin de que sean considerados en las políticas públicas de gestión del riesgo.


En el primer capítulo se presenta la situación ocurrida en el departamento del Atlántico a consecuencia del fenómeno de La Niña. Adicionalmente se analiza la normatividad sobre gestión del riesgo y cambio climático en Colombia, que ilustra la forma como el país ha asumido históricamente estas situaciones y cómo los eventos ocurridos permitieron ampliar la visión sobre los desafíos que enfrenta ante el cambio climático y los fenómenos climáticos extremos.

En el segundo capítulo se describen los elementos psicosociales tradicionalmente estudiados en las comunidades afectadas por desastres y los hallazgos desde el enfoque de resiliencia.

El tercer capítulo expone el enfoque teórico que orientó el desarrollo de la investigación, y en él se presentan los antecedentes en el estudio de la resiliencia, así como los conceptos asociados, a partir del desarrollo de investigaciones en la región y la consideración de la resiliencia desde una perspectiva de gestión del riesgo. Además se presenta una sinopsis de la gestión del riesgo en el siglo XXI y su relación con las tecnologías de la información y la comunicación, las cuales fueron un componente transversal al desarrollo del proyecto.

En el cuarto capítulo se presenta la metodología de trabajo propuesta, el modelo de atención que se implementó, los objetivos de la estrategia de intervención y los desarrollos técnicos y metodológicos en los que participó la comunidad.

El quinto capítulo presenta los resultados de la validación del modelo, y el sexto, las conclusiones-recomendaciones que se desprenden del proyecto en materia de gestión del riesgo.



CAPÍTULO 1
**OLA INVERNAL
DE 2010-2011 Y
GESTIÓN DEL RIESGO
EN COLOMBIA**

EL FENÓMENO DE LA NIÑA EN COLOMBIA

La vida en el planeta Tierra ha sido posible en gran parte gracias a los fenómenos meteorológicos característicos de su atmósfera, los cuales tienen una gran incidencia en la manera como los seres vivos nos relacionamos con el medio y con las demás especies. Un ejemplo de esto es el ciclo climático natural denominado El Niño-Oscilación del Sur (ENSO), el cual tiene dos extremos: El Niño (que caracteriza la fase cálida) y La Niña (correspondiente a la fase fría), los cuales se presentan cada cinco o siete años e inciden en el clima global (Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (Ideam), 2011). El cambio climático ocasionado por la acción humana sobre el ambiente genera un trastorno de la dinámica natural, de manera que podría asociarse a la alteración de los ritmos e intensidad de ciertos fenómenos atmosféricos, aunque aún no es clara su relación con el ENSO.

Durante el siglo XX, el fenómeno de El Niño alcanzó niveles de intensidad y devastación en las zonas tropicales que no se habían registrado. Por ejemplo, cifras oficiales de la Alta Consejería para las Regiones y la Participación Ciudadana (2012) señalan que entre abril de 2010 y junio de 2011, en Colombia un total de 3 893 087

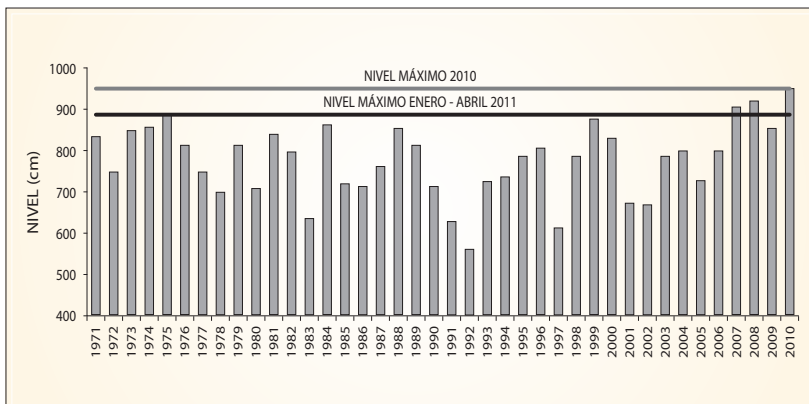
personas resultaron afectadas por la ola invernal asociada al fenómeno de La Niña.

El Ideam (2011) define el fenómeno de La Niña como consecuencia de la disminución de la temperatura de las aguas del océano Pacífico tropical, central y oriental frente a las costas de Perú, Ecuador y del sur de Colombia. Este enfriamiento genera un aumento de las lluvias en el país, en dos regiones principalmente, la Andina y la Caribe, razón por la cual se asocia como el principal efecto del cambio climático y el fenómeno de destrucción que trajo consigo la pasada ola invernal.

El fenómeno de *La Niña* tiene efectos contrarios a los de *El Niño*, el cual se caracteriza por el aumento de temperatura de las aguas del océano Pacífico, desencadenando fuertes sequías (Sánchez, 2011). Ambos fenómenos, *El Niño* y *La Niña*, se producen cada 2 a 7 años, con una duración de 9 a 12 meses, incluso en ocasiones se extienden por 2 años, pero no siempre se manifiestan de la misma manera (Organización Meteorológica Mundial [WMO], s. f.).

Teniendo como evidencia la intensidad de las lluvias entre 2010 y 2011 en el país, se relaciona este suceso con un episodio del fenómeno de La Niña, siendo este uno de los más fuertes en la historia colombiana. Sin embargo, el fenómeno de La Niña no es un fenómeno nuevo. Hoy se habla más al respecto gracias a la investigación, a una mejora en la comprensión de estos fenómenos y de sus consecuencias en el clima global (WMO, s.f.).

Durante 2010, las precipitaciones en Colombia llegaron a niveles sin precedentes, un 170 % por encima de lo acostumbrado en el territorio nacional (Sánchez, 2011). El nivel del río Magdalena se ubicó muy por encima de los niveles registrados para años anteriores (Ideam, s.f.).



Fuente: Ideam (s.f.).

Gráfico 1. Nivel máximo anual del río Magdalena, Estación Calamar (1971-2010)

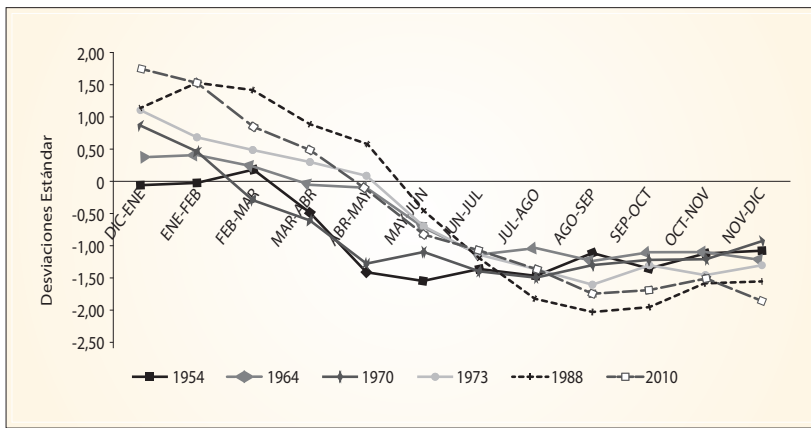
El anterior gráfico, tomado del Ideam (s.f.), representa información pluviométrica de 2010 y nos sugiere que entre 2010 y 2011 se desencadenó el fenómeno de La Niña, tomando como punto de inicio mediados de 2010, cuando se empieza a vislumbrar un aumento significativo en las precipitaciones.

El gráfico se interpreta del siguiente modo: entre más cercano estén los picos a la última línea horizontal, mayor cantidad de precipitaciones en una región. El comportamiento de las precipitaciones indica que casi todo el año hubo lluvias por encima del promedio multianual, especialmente para la región Caribe (Sánchez, 2011).

¿Qué ocurre entonces con el aumento de las precipitaciones? Estos aumentos, asociados a los efectos del mismo fenómeno, causan un incremento proporcional en el nivel de los ríos del país. Sánchez (2011) señala que el agua de las lluvias que llegaba a los ríos ingresaba a una tasa mayor que la capacidad de descarga, lo cual aumentaba la capacidad de albergue de agua, y con ello el riesgo de inundación.

El MEI (Multivariate ENSO Index) es un índice que analiza variables atmosféricas y oceánicas con el fin de monitorear el fenómeno de

El Niño. Es calculado por el Earth System Research Laboratory del National Oceanic y Atmospheric Administration (NOAA) y facilita una medida estandarizada de la fuerza de un evento climatológico en particular (Sánchez, 2011). Para entender los resultados, entre mayor sea el valor negativo de la desviación, más fuerte el fenómeno climático de La Niña. El siguiente gráfico, adaptado de Sánchez (2011), basado en los resultados de los estudios del NOAA, concluye el ejercicio planteado.



Fuente: Sánchez (2011).

Gráfico 2. Comparativo de los eventos más fuertes del fenómeno de La Niña registrados

El gráfico señala que el fenómeno de La Niña 2010-2011 alcanzó la mayor desviación respecto a las mediciones de referencia. Durante agosto y septiembre del 2010, el fenómeno alcanzó una desviación negativa de dos sigmas, la más alta de todos los fenómenos registrados, lo que hace de este episodio el más fuerte de la historia (Sánchez, 2011) por lo menos desde 1954, año que empieza el gráfico.

El Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE, 2011) reporta junto con otras entidades que el fenómeno de La Niña inició su proceso de formación tempranamente desde junio de 2010, cuando las temperaturas del océano Pacífico tropical empezaron a enfriarse rápidamente y alcanzaron anomalías negativas inferiores a -0.5 °C.

Dada su ubicación geográfica, Colombia tiene influencia directa de estos fenómenos. Como lo señala el Sistema de Información Ambiental de Colombia [SIAC](2013), la magnitud de los dos fenómenos, El Niño y La Niña, se relaciona con la intensidad de las anomalías térmicas en la estructura superficial y subsuperficial del océano y con el área que estas cobijan.

Con apoyo en las cifras del Dane (2011) y el SIAC (2013) se puede hacer una recapitulación de los momentos claves de este fenómeno entre 2010 y 2011.

- El fenómeno de La Niña se fortaleció y logró su etapa de madurez durante el trimestre noviembre-diciembre de 2010-enero de 2011 y alcanzó categoría FUERTE.
- Cada evento de La Niña es distinto y su impacto en el territorio nacional se debe tanto a la intensidad de su ocurrencia como a la forma en que interactúe con otros fenómenos océano-atmosféricos que se presenten en el mar Caribe.
- Las alteraciones climáticas producidas por este fenómeno produjeron un impacto de dimensiones catastróficas sobre la población colombiana. Si analizamos las cifras asociadas al fenómeno podemos ver la dimensión de la mencionada catástrofe.

Tabla 1. Ola invernal 2010-2011 en cifras

	Afectados	Total	% del total
Departamentos	28	32	87,50
Municipios	1.041	1.119	93,3
Personas	12.908	10.310.303	8,45
Viviendas destruidas	441.579	10.310.303	0,13
Viviendas afectadas	441.579	10.310.303	4,28
Hectáreas cultivables inundadas	1.080.000	51.600.000	2,09
Sedes educativas	2.277	55.107	4,13

Fuente: Sánchez (2011) y Alta Consejería para las Regiones y la Participación Ciudadana (2012).

Tal como se evidencia en el cuadro anterior, entre abril de 2010 y junio de 2011, el número de afectados por la ola invernal ascendió a 3 893 087, lo cual equivale al 8,45 % de la población nacional según proyecciones del Dane para 2011. Adicional a ello, cifras de Colombia Humanitaria señalan la muerte de 490 personas, 595 heridos y 42 desaparecidos relacionadas con la ola invernal. También se estimó la muerte de 600 000 aves y 115 000 bovinos, el desplazamiento de 1 430 200 animales de sus hábitats naturales y la pérdida de 2601 toneladas de carne (Colombia Humanitaria, 2013).

Los problemas antes descritos implican no solo un costo social y emocional para el país, sino también un costo económico. Fenómenos de esta magnitud incrementan los precios de los alimentos, por su impacto sobre la producción agrícola. El cuadro muestra, por ejemplo, que las inundaciones produjeron pérdidas por 1 080 000 hectáreas cultivables.

Para atender la emergencia invernal se requería una alta inversión de recursos para la atención humanitaria, la rehabilitación y la reconstrucción de la infraestructura que resultó averiada por la inundación (Sánchez, 2011). En el Plan Nacional de Desarrollo 2010-2014, el

Gobierno nacional estimó recursos por valor de \$25,8 billones para atender la emergencia, lo que se traduce en una cifra cercana al 18 % del presupuesto general del país hacia 2011. Ahora bien, la inversión no puede limitarse a la recuperación posterior al evento, sino que es necesario repensar la forma como el país ha asumido la gestión del riesgo y los desafíos ambientales, sociales y económicos que enfrenta ante el cambio climático.

EMERGENCIA INVERNAL EN EL DEPARTAMENTO DEL ATLÁNTICO

Entre los departamentos de Bolívar y Atlántico se extiende un brazo del río Magdalena, de 106 km de largo por 100 metros de ancho, que constituye el denominado Canal del Dique. Esta fuente hídrica atraviesa un complejo de humedales considerados la segunda oferta de humedal más importante del país después de la Ciénaga Grande de Santa Marta. En él habitan 41 especies de mamíferos, 81 de aves, 32 de reptiles, 137 de anfibios y cinco de especies de flora que están en riesgo: desde 1959, todo el humedal del Canal ha perdido más de 11 mil hectáreas de espejos de agua. El Canal del Dique es una vía de comunicación fluvial que va desde Calamar (Bolívar) hasta la bahía de Cartagena, y fue construido en el siglo XVI para facilitar la navegación entre Cartagena y el río Magdalena. Todo ello con el fin de comunicar comercialmente las ciudades con el río (Aguilera, 2006).

El 30 de noviembre de 2010 ocurrió una falla en la estructura de contención del Canal que abrió un boquete en su jarillón. En el kilómetro 3 de la vía que conduce desde la Troncal Oriental hasta Las Compuertas se produjo la ruptura del Canal del Dique.

Ese día se reportó un incremento en el nivel del río Magdalena que alcanzó los 9,25 m, el máximo desde que se tiene registros. La presión produjo la ruptura del Canal, que provocó el ingreso de 2200 millones de m³ de agua en las tierras bajas del sur del Atlántico. El SIAC señala que el volumen total de los 20 lagos y lagunas más grandes de Colombia es de 4279 millones de m³ de agua, lo que permite hacerse

una idea de la cantidad de agua que ingresó a esta parte del departamento por el boquete.

Quienes viven en el margen del Canal son testigos de la fuerza de los caudales del dique, así como de la misma naturaleza. Son ellos quienes han visto cómo el agua del Canal del Dique, el mismo del río Magdalena que por siglos ha sido su fuente principal de sustento, se les rebeló y arrasó todo: animales, cultivos, casas, historias y recuerdos.

Entre los municipios más afectados por esta situación se encuentran Manatí, Santa Lucía, Candelaria, Campo de la Cruz y Repelón.

Una de las acciones estatales inmediatas fue trasladar a más de cien mil personas a albergues temporales. Incluso cuatro años después aún se encontraban personas damnificadas viviendo en cambuches, en corregimientos como Bohórquez y Las Compuertas.

Con el sellamiento de la brecha quedaron represados 750 millones de m³ de agua. De estos, 600 millones se evacuaron por gravedad, de manera que el restante quedó represado en gran parte del territorio del departamento (Sánchez, 2011), lo cual causó una emergencia sanitaria. Según la Gobernación del Atlántico (2010) se inundaron 35 176 hectáreas, esto es, el 10,4 % del departamento. Por su parte, la Alta Consejería para las Regiones y la Participación Ciudadana (2012) señala que en el departamento del Atlántico resultaron afectadas 42 694 familias, lo cual convirtió al Atlántico en el quinto departamento más afectado a nivel nacional.

GESTIÓN DEL RIESGO EN COLOMBIA ANTES Y DESPUÉS DE 2010

Durante cuarenta años (1970-2010) en Colombia se registraron más de 28 000 eventos desastrosos, que ocasionaron pérdidas materiales superiores a los USD 7100 millones¹ tan solo en vivienda. El 60% de

1 Valores en dólares estadounidenses constantes a precios de 2010.

estos sucesos tuvieron lugar durante los últimos veinte años, con una mayor concentración de siniestros en el período comprendido entre 2010 y 2011, en el que en tan solo 15 meses se superaron el 25 % de los sucesos y fallecimientos de la última década (Corporación OSSO, 2011).

De acuerdo con el estudio “Análisis de la gestión del riesgo de desastres en Colombia. Un aporte para la construcción de políticas públicas”, publicado en 2012 gracias a un esfuerzo conjunto del Gobierno nacional, el Fondo Mundial para la Reducción y Recuperación de Desastres (GFDRR) y el Banco Mundial, incremento en la aparición de estos eventos está relacionado con el aumento de la población y los bienes expuestos. En la actualidad, el 36 % del territorio nacional está en situación de amenaza sísmica alta, el 28 % en alto potencial de inundación y el 8 % en amenaza alta por movimientos en masa. El estudio del Banco Mundial (2012) identificó un 12 % del territorio nacional como de mayor susceptibilidad a inundaciones, destacando la región Caribe, a la cual pertenece el departamento del Atlántico, por la amenaza del caudal del río Magdalena.

La vulnerabilidad del territorio colombiano y de su población quedó en evidencia entre 2010 y 2011 cuando el fenómeno de La Niña dejó más de 2.3 millones de personas damnificadas, representadas en aproximadamente 650 mil familias. Tan solo en el departamento de Atlántico alrededor de 31 mil familias se vieron damnificadas producto de inundaciones como resultado de la ruptura del Canal del Dique por la creciente del río Magdalena (Banco Mundial, 2012 y Dane, 2011). Este fenómeno ha sido el de mayor impacto en el país, ya que en los últimos 40 años las inundaciones han causado el 73 % de los damnificados.

Ante la magnitud del fenómeno, el Gobierno nacional, con apoyo del Banco Mundial, llevaron a cabo una evaluación integral de las políticas de gestión del riesgo con el objetivo de generar recomendaciones de políticas públicas que contribuyan a reducir la afectación de la población y el impacto económico de los desastres. Como conclusión,

el estudio demuestra que si el país aspira a que su crecimiento económico no esté acompañado de pérdidas cada vez mayores y frecuentes producto de desastres naturales, es primordial que se lleve a cabo un cambio contundente en las políticas de desarrollo y en su operacionalización en la gestión territorial y sectorial (Banco Mundial, 2012).

A continuación se presenta una descripción del marco institucional de la gestión del riesgo en Colombia antes del fenómeno de La Niña 2010 y 2011, para luego ilustrar la restructuración realizada con el ánimo de fortalecer la capacidad del Estado frente a tales emergencias; por último se plantea una reflexión sobre la gestión del riesgo en Colombia.

ANTECEDENTES DE LA GESTIÓN DEL RIESGO EN EL PAÍS

La gestión del riesgo, como proceso social y político, permite a la sociedad controlar la aparición del riesgo o disminuir los riesgos existentes, con el fin de fortalecer el desarrollo sostenible y brindar seguridad a la población (Vargas, 2010). Tiene como objetivo preparar al Estado para responder a las emergencias y desastres, así como para la recuperación. De acuerdo con Cardona (2009), el desafío de la gestión del riesgo es lograr que las decisiones en política pública afronten los riesgos de hoy, y prevean y establezcan acciones de mitigación de los riesgos futuros.

Esta aproximación implica la efectividad de las acciones con base en las condiciones de riesgo conocidas, así como implementar la respuesta y recuperación cuando las emergencias se presenten, y organizarse a nivel interinstitucional y comunitario para viabilizar las líneas de acción (Vargas, 2010).

En el proceso de construcción de una noción de gestión de riesgo y de las medidas nacionales implementadas es importante destacar a la Sociedad Nacional de la Cruz Roja, creada mediante Ley 49 de 1948, en la que se establece la organización de Socorro Nacional en su misión de atender a las víctimas de emergencias.

Durante la década de 1960 se complementó esta herramienta con la creación de la Dirección Nacional de la Defensa Civil (1965), la aprobación del Código Sanitario Nacional (1979) y la consolidación del primer Comité Nacional y los Comités Locales y Regionales de Emergencia, suscritos al Ministerio de Salud Pública.

Los años setenta comenzaron en el país con la aprobación del Decreto 1355 de 1970, que en el Código Nacional de Policía otorgó a alcaldes y gobernadores, como jefes de Policía, facultades relevantes, incluyendo las relacionadas con la atención de desastres o calamidades.

Durante los ochentas, con la creación del Sistema Nacional de Prevención y Atención de Desastres (SNPAD), se entiende la gestión de riesgo, por primera vez en Colombia, como una problemática multidimensional e interinstitucional.

Las primeras aproximaciones a una reglamentación de la gestión del riesgo en Colombia se evidencian desde la Constitución Política de 1991 con la creación de entidades de socorro. Con la actual Constitución, la gestión pública, incluyendo lo referente al riesgo, sufre un cambio en pro de la descentralización. Desde ese momento, y con la concepción de un Estado descentralizado, se hace más evidente la necesidad de un trabajo conjunto y armonioso entre los diferentes estamentos involucrados en la gestión del riesgo. La Constitución refrenda adicionalmente la necesidad de una gestión del riesgo al establecer una misión de Estado orientada a la protección de la vida y bienes de los ciudadanos, el garantizar el derecho a una vivienda digna (art. 51 CP) y a un ambiente sano (art. 79 CP).

Una década después de la aprobación del SNPAD se pasa de la noción de desastre a la de riesgo (1998), con lo cual se da paso al Plan Nacional de Prevención y Atención de Desastres (PNPAD). El nuevo sistema tiene la finalidad de reducir los riesgos y prevenir los desastres, dar respuestas efectivas cuando se presenten situaciones de desastres y promover una rápida recuperación en las zonas que se vean afectadas. Adicionalmente, en el plan se estableció por primera vez la reducción

del riesgo y el desarrollo sostenible para las comunidades vulnerables como parte de la acción gubernamental (Banco Mundial, 2012).

En lo referente al reconocimiento del cambio climático como una realidad que requiere respuestas de Estado, el Departamento Nacional de Planeación [DNP] (2002) en su documento *Lineamientos de Política de Cambio Climático* se plantea como objetivo principal al respecto:

Identificar las estrategias requeridas para consolidar la capacidad nacional necesaria que permita responder a las posibles amenazas del cambio climático; responder a las disposiciones de la Convención y el Protocolo de Kioto, en términos de potencializar las oportunidades derivadas de los mecanismos financieros y cumplir con los compromisos establecidos. (p. 30)

Para lograr lo planteado se presentaron seis estrategias derivadas de los compromisos establecidos en el artículo 4.1 de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático y se delegó como organismo responsable de la implementación al Ministerio del Medio Ambiente con el apoyo del Sistema Nacional Ambiental (SINA).

1. Mejorar la capacidad de adaptación a los impactos del cambio climático.
2. Promover la reducción de emisiones por fuentes y absorción por sumideros del GEI.
3. Disminuir los impactos de las medidas del Protocolo de Kioto sobre las exportaciones de los combustibles fósiles.
4. Promover la investigación y fortalecer el sistema de información en cambio climático.
5. Promover la divulgación y concientización.
6. Promover mecanismos financieros para el desarrollo de las estrategias y líneas de acción de esta política.

Tal como se evidencia, los resultados de la estrategia no podían ser efectivos, debido a que desde el inicio no establecieron metas puntuales, ni indicadores para medir el avance de dichos lineamientos.

Estos principios sobre gestión del riesgo y cambio climático rigieron al país sin mayores ajustes, y casi una década después se vieron los efectos de la falta de revisión de metas, lineamientos de operación y poca capacidad de respuesta a los crecientes desafíos que plantea la gestión del riesgo en su relación con los procesos de desarrollo humano, económico y social y cambio climático en el país.

Cardona (2009) ya había planteado que Colombia carecía de una estructura institucional que les permitiera a los distintos sectores y entes territoriales evaluar su grado de vulnerabilidad y su capacidad de respuesta ante los desastres, lo que reduciría la efectividad de las acciones desarrolladas para hacerles frente.

LA RESPUESTA DEL ESTADO A LA EMERGENCIA DE 2010-2011

El fenómeno de La Niña, que afectó a Colombia entre 2010 y 2011, puso en evidencia la desarticulación interinstitucional que había en el país. El 80 % del territorio nacional resultó afectado, y dejó secuelas en 1060 municipios de 29 departamentos, con un saldo superior a 2.3 millones de personas damnificadas, o 650 mil familias, e hizo evidente la necesidad de reformar la estrategia pública de atención frente a escenarios de riesgo (Dane, 2012).

En 2011, cuando ya la tragedia había alcanzado su mayor magnitud, el Gobierno nacional creó la Unidad Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres (UNGRD). Esta nueva unidad tiene como misión dirigir la implementación de la gestión del riesgo en el país en coherencia con las políticas de desarrollo sostenible, y de igual forma, coordinar el funcionamiento y desarrollo del SNPAD.

Como estrategia complementaria a la reforma del SNPAD, el Gobierno constituyó en 2010 Colombia Humanitaria para convocar la solidaridad de los colombianos y extranjeros frente a las precarias situaciones

que vivía la población más vulnerable del país como resultado de las fuertes lluvias. Esta campaña logró recaudar más de 115 millones de dólares y repartir cerca de 39 mil toneladas de alimentos.

La acción de la UNGRD se evidenció en la construcción de lineamientos, guías, planes sectoriales, comités regionales y locales para la atención de desastres, fortalecimiento de capacidades para la atención y plataformas para la sistematización de la información sobre los damnificados en todo el país (Dirección Nacional de Riesgo, Sistema Nacional para la Atención y Prevención de Desastres [SIGPAD], 2012), que se materializaron en la atención humanitaria de emergencia a las comunidades afectadas.

En el caso del departamento del Atlántico, se construyeron albergues temporales en los cuales se reubicaron a las personas que perdieron sus viviendas o a las cuales les quedaron seriamente averiadas. Sin embargo, al consultar la página institucional de la Unidad Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres en Colombia no se hallan los planes de estos municipios para operacionalizar y hacer realidad la gestión del riesgo de acuerdo a los lineamientos de nacionales.

Con el paso del tiempo, las intervenciones se han ido quedando limitadas, las estrategias de mitigación del daño psicosocial son escasas y las comunidades continúan después de dos años viviendo en los albergues sin una clara respuesta del Estado para apoyarlos en la reconstrucción física y social de sus municipios. De igual forma, no se ha logrado una apropiación por parte de las comunidades de las estrategias de gestión del riesgo. Las familias afectadas del sur del Atlántico viven en medio de la zozobra respecto a no saber qué hacer si llegara a presentarse una nueva inundación o, por el contrario, se enfrentarían a una fuerte sequía.

La respuesta del Estado luego de la atención inmediata a las víctimas fue incrementar su fortaleza como institución con cambios donde la agenda climática era irrelevante; claro está, en muchos casos, y como lo advierte el informe de Plataforma Climática, muchas de las inicia-

tivas y propuestas no venían directamente de los órganos del Estado como tal sino de funcionarios particulares o entidades interesadas en el tema, que finalmente terminaron adoptándose como políticas públicas.

Ejemplos de estas propuestas las recoge el CONPES 3700, que señala algunas medidas de adaptación requeridas en América Latina y el Caribe; iniciativas que contribuyen a aumentar la capacidad de recuperación de la región, aun cuando en un principio no fueron pensadas como adaptación al cambio climático². El documento señala que en Colombia el cambio climático no se ha considerado como un tema de desarrollo económico y social, por lo cual no es un tema integrado a los procesos de planificación, lo cual trae consigo no solo pérdidas económicas y de competitividad, sino que desarrolla la vulnerabilidad del país ante nuevos eventos climáticos extremos.

El Plan Nacional de Desarrollo 2011-2014 señala que la ola invernal

... obligó a modificar la visión de Gobierno y a adaptar, reformular y reforzar componentes esenciales del Plan Nacional de Desarrollo [...] más que un desafío, la emergencia invernal representa una oportunidad. La oportunidad de mejorar las condiciones de vida de las familias afectadas, de generar empleo, inversión y crecimiento con las obras de rehabilitación y reconstrucción, y de adelantar los proyectos de inversión y ajustes institucionales y normativos necesarios para que las consecuencias del cambio climático, y el riesgo de desastres, en los próximos años y para las próximas generaciones se puedan prevenir, mitigar, o al menos reducir. (p. 21)

A partir de este planteamiento se establece desarrollar la Política Nacional de Cambio Climático, la cual incluye una estrategia de articulación interinstitucional, además del desarrollo del Plan Nacional de

2 Muchas de estas medidas se refieren a respuestas de adaptación aisladas como atención y recuperación en caso de desastres naturales, o en el sector agropecuario, mediante el cambio o mezcla de cultivos, en su mayoría respuestas que son espontáneas o reactivas y que se convierten en experiencias destacables en comunidades resilientes.

Adaptación al Cambio Climático, coordinado por el Departamento Nacional de Planeación, la Estrategia Colombiana de Desarrollo bajo en Carbono, la Estrategia Nacional REDD, con el liderazgo del Ministerio de Ambiente, y la estrategia de disminución de riesgos financieros (Plataforma Climática Latinoamericana [PCL], 2012).

El mandato del Plan Nacional de Desarrollo fue materializado a través del CONPES 3700, el cual estableció la Estrategia Institucional para la Articulación de Políticas y Acciones en Materia de cambio climático con el fin de

Facilitar y fomentar la formulación e implementación de las políticas, planes, programas, incentivos, proyectos y metodologías en materia de cambio climático, logrando la inclusión de las variables climáticas como determinantes para el diseño y planificación de los proyectos de desarrollo, mediante la configuración de un esquema de articulación intersectorial. Este esquema deberá permear el actual modelo de desarrollo social y económico de manera transversal a todos los niveles y en todas las instituciones. Adicionalmente, deberá permear los más altos niveles de toma de decisiones en cada uno de los sectores y comunidades. (p. 35)

Este CONPES reconoce la necesidad de contar con una institucionalidad sólida para la gestión del cambio climático en el país, una institucionalidad fuerte y eficaz, que permita una gestión compartida y coordinada de todos los sectores.

LA ACTUAL POLÍTICA PÚBLICA DE GESTIÓN DEL RIESGO EN COLOMBIA

Una política moderna de gestión del riesgo debe formularse de manera que integre el conocimiento e información del riesgo, la reducción del riesgo y el manejo de desastres, así como las estrategias para asegurar la gobernabilidad frente al tema y su contribución a la seguridad territorial, al bienestar, a la calidad de vida y al desarrollo sostenible.

Desde la visión sistémica de la gestión del riesgo como política pública se identifican tres grandes componentes (Ingeniar Ltda., 2011):

- **El conocimiento e información del riesgo**, que integra: (a) la identificación de los factores del riesgo de desastres (amenaza, exposición y vulnerabilidad), con sus factores subyacentes, orígenes, causas y transformación; (b) el análisis y la estimación del riesgo de desastres, así como el monitoreo y el seguimiento de sus diferentes factores; y (c) la comunicación del riesgo con fines de información pública, percepción y toma de consciencia.
- **Reducción del riesgo**, comprende: (a) la intervención prescriptiva y correctiva del riesgo, mediante acciones anticipadas de mitigación que modifiquen las condiciones del ya existente; (b) la intervención restrictiva y prospectiva del riesgo, mediante actividades anticipadas de prevención que eviten la generación de nuevos riesgos ante amenazas actuales o futuras como las que puede generar el cambio climático; y (c) la retención y transferencia del riesgo de desastres, o la definición anticipada y utilización de instrumentos de protección financiera para cubrir la atención inmediata, la rehabilitación y la reconstrucción.
- **El manejo de desastres**, incorpora: (a) la preparación, entendida como acciones *ex-ante* relacionadas con los sistemas de alerta y la generación de capacidades para la respuesta y la recuperación; (b) la respuesta, definida como acciones *ex-post* realizadas para atender a la población afectada por la inminencia o la ocurrencia de un desastre; y (c) la rehabilitación y reconstrucción de las condiciones socioeconómicas, ambientales y físicas, bajo criterios de seguridad, con el propósito explícito de no reconstruir el riesgo preexistente.

Estos tres grandes componentes fueron integrados, como resultado de la situación vivida en 2010-2011, en la Ley 1523 del 24 de abril de 2012, por medio de la cual se adoptó la política nacional para la gestión del riesgo de desastres y se estableció el Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres. A partir de la expedición de esta ley, el Fondo Nacional de Calamidades se denomina Fondo Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres.

El Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres reúne a las entidades nacionales del orden público, privado y comunitario que, articuladas con las políticas, normas y recursos, tienen como objetivo llevar a cabo el proceso social de la gestión del riesgo con el propósito de ofrecer protección a la población en todo el territorio nacional en busca de mejorar la calidad de vida, la seguridad y el bienestar de todas las comunidades colombianas.

En la nueva normatividad, la responsabilidad en la Gestión del Riesgo recae sobre las entidades pertenecientes al sistema, descritas en el gráfico 3, que ejecutarán los procesos de Gestión del Riesgo. Asimismo, todos los habitantes del país actuarán con precaución y autoprotección bajo lo dispuesto por las autoridades correspondientes.



Fuente: Unidad Nacional para Gestión del Riesgo de Desastres.

Gráfico 3. Estructura organizativa del Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres

Para poder cumplir con su objetivo de dirigir, orientar y coordinar la Gestión del Riesgo de Desastres en Colombia, la Unidad Nacional para Gestión del Riesgo de Desastres desempeña las siguientes funciones:

- Dirigir y coordinar el Sistema Nacional para la Prevención y Atención de Desastres (SNPAD), hacer seguimiento a su funcionamiento en los niveles nacional y territorial.
- Coordinar, impulsar y fortalecer capacidades para el conocimiento del riesgo, reducción del mismo y manejo de desastres y su articulación con los procesos de desarrollo en los ámbitos nacional y territorial del SNPAD.
- Proponer y articular las políticas, estrategias, planes, programas, proyectos y procedimientos nacionales de gestión del riesgo de desastres, en el marco del SNPAD y actualizar el marco normativo y los instrumentos de gestión del mismo.
- Promover la articulación con otros sistemas administrativos, tales como el Sistema Nacional de Planeación, el Sistema Nacional Ambiental, el Sistema Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación y el Sistema Nacional de Bomberos, entre otros, en los temas de su competencia.
- Formular y coordinar la ejecución de un plan nacional para la gestión del riesgo de desastres, realizar el seguimiento y evaluación del mismo.
- Orientar y apoyar a las entidades nacionales y territoriales en su fortalecimiento institucional para la gestión del riesgo de desastres y asesorarlos para la inclusión de la política de gestión del riesgo de desastres en los planes territoriales.
- Promover y realizar los análisis, estudios e investigaciones en materia de su competencia.

- Prestar el apoyo técnico, informativo y educativo que requieran los miembros del SNPAD.
- Gestionar con la Unidad Presidencial de Cooperación Internacional de Colombia la consecución de recursos para fortalecer la implementación de las políticas de gestión del riesgo de desastres en el país.
- Administrar y tener en funcionamiento el Sistema Integrado de Información, de que trata el artículo 7° del Decreto Ley 919 de 1989 o el de que haga sus veces, que posibilite avanzar en la gestión del riesgo de desastres.
- Las demás funciones asignadas que correspondan a la naturaleza de la dependencia.

DESAFÍOS PARA LA POLÍTICA PÚBLICA DE GESTIÓN DEL RIESGO EN COLOMBIA

En el país, la gestión del riesgo, la gestión ambiental y las políticas de desarrollo aún no se integran adecuadamente en la formulación de estrategias de adaptación y mitigación ante el cambio climático. Si bien se han desarrollado programas e iniciativas cruzadas, aún no se ha asumido el reto de hacer del cambio climático una cuestión transversal para la gestión del riesgo, de manera que no se pierda una orientación programática de país.

Un primer avance al respecto se evidencia en la construcción del CONPES 3700, cuyo objetivo es integrar los desafíos para el desarrollo económico y social que supone el cambio climático en los procesos de planificación e inversión que en adelante realizará el país. De igual forma, en el actual Plan Nacional de Desarrollo 2010-2014 se priorizan las estrategias para abordar la temática del cambio climático, que exigen a su vez una institucionalidad para coordinar las iniciativas existentes, dando como resultado la conformación del Sistema Nacional de Cambio Climático (SNCC).

Las acciones propuestas en los diferentes planes de desarrollo son coherentes con las políticas internacionales y con los compromisos asumidos por Colombia ante el Sistema de Naciones Unidas. El Marco de Acción de Hyogo (MAH) 2005-2015: “Aumento de la resiliencia de las naciones y las comunidades ante los desastres”, al cual se han suscrito 168 Estados, incluyendo a Colombia, es un documento de referencia para su implementación en los países, regiones, organismos del Sistema de Naciones Unidas y la sociedad civil, aceptado en el seno de la Conferencia Mundial para la Reducción del Riesgo de Desastres. Este marco se propone como primer objetivo estratégico “la integración más efectiva de las consideraciones del riesgo de desastres en las políticas, los planes y los programas del desarrollo sostenible a todo nivel”, con énfasis en la prevención, mitigación y preparación ante los desastres, así como en la reducción de la vulnerabilidad.

La planificación se convierte en el primer momento de la gestión, ya que a través de ella se identifican, ordenan y armonizan, concertadamente, las estrategias para lograr metas acordes con las problemáticas y las oportunidades. La gestión del riesgo, como elemento fundamental del desarrollo sostenible, debe ser incorporada por los actores responsables de la gestión pública en sus instrumentos de planificación, sin importar su jurisdicción territorial y/o sectorial, asegurando una adecuada coordinación y congruencia (Banco Mundial, 2012).

Sin embargo, durante las últimas cuatro décadas se han elaborado 24 documentos CONPES que tienen que ver con la gestión del riesgo de desastres. Lastimosamente, en su mayoría han sido resultado de una problemática coyuntural, que señala un rezago en la planificación como herramienta de mitigación de los efectos del cambio climático.

Bajo un modelo de descentralización, los niveles regionales, departamentales, locales y municipios no han logrado el desarrollo y adopción de una organización para la gestión del riesgo. Esto debido principalmente a la carencia en materia de capital humano, recursos técnicos y financieros para tal fin.

En su informe el Banco Mundial (2012) señala que el concepto de institucionalidad de la gestión del riesgo debe contemplar tanto a la organización funcional de todas las agencias estatales como también al régimen jurídico aplicable en este campo. Partiendo de esta concepción, todos los actores públicos y privados pueden ser agentes generadores de riesgo, por acción u omisión, al tiempo que potenciales afectados por los desastres, haciendo de este un tema transversal y de responsabilidad compartida (Banco Mundial, 2012).

Debido a la baja articulación que evidencia el Estado en temas de gestión de riesgo, su preparación como respuesta ante siniestros es débil e ineficiente. Quizás la mayor expresión de tal desarticulación es que los comités regionales y locales están aún muy distantes de los nacionales. Estos comités tienen una baja capacidad de acción, coordinación, cooperación entre niveles territoriales; en ellos hace falta claridad en sus funciones y responsabilidades, lo cual, sumado a las limitaciones en el recurso humano, técnico y financiero, generan un funcionamiento ineficaz de la gestión del riesgo. De acuerdo con el Banco Mundial (2012), estos vacíos se traducen en una falta de gobernabilidad para apalancar la temática en las diferentes instancias.

A nivel regional todavía la gestión del riesgo no ha cumplido el cometido descentralista de la Constitución de 1991, y su presencia en las gobernaciones departamentales es incipiente. Como lo señala el informe del Banco Mundial (2012), aunque los departamentos tienen conformados los Comités Regionales para la Prevención y Atención de Desastres (CREPAD), la mayoría se reúnen solo en caso de emergencias y no tienen agendas específicas para la prevención y mitigación.

En el país son pocas las gobernaciones que cuentan con planes departamentales para la prevención y atención de desastres, y, lastimosamente, aquellas que lo tienen se quedan cortas a la hora de su implementación y seguimiento, pues existen grandes limitaciones que reducen el alcance y el cumplimiento de los objetivos, en particular la desarticulación entre instrumentos de planificación y las entidades territoriales.

A nivel local, por municipio, tampoco se ha logrado consolidar una adecuada política de gestión del riesgo de desastres. Si bien las grandes ciudades son las más avanzadas en el tema, hay que resaltar el atraso de los pequeños municipios, generalmente los más vulnerables a externalidades climáticas, como lo señala el Departamento Nacional de Planeación (DNP). Para afrontar tal rezago el Gobierno nacional está haciendo esfuerzos en los municipios, a través del Programa de Reducción de la Vulnerabilidad Fiscal ante Desastres Naturales, que entre 2006 y 2010 prestó asistencia técnica a 528 municipios (Campos et al., 2012).

Los ministerios y organismos descentralizados en su gran mayoría no cuentan con una dependencia o funcionarios que se encarguen de coordinar o articular las actividades de la gestión del riesgo, con lo cual desatienden lo previsto por la ley y en los planes de desarrollo. Según el parágrafo del artículo 4 del Decreto 919 de 1989, “Cada Ministerio, Departamento Administrativo, entidades territoriales y descentralizadas o personas jurídicas de que trata esta norma deberán designar la dependencia y/o persona a quien se le confiere específicamente la responsabilidad de realizar las actividades indispensables para asegurar su participación en la elaboración y ejecución del Plan” (entiéndase como PNPAD).

Así, pese a la existencia de instrumentos normativos y de planificación, no se ha logrado consolidar una verdadera política de gestión del riesgo de desastres que se implemente de forma integral y articulada a la gestión pública.

El municipio es la unidad fundamental de la gestión territorial, y por ende, de la gestión del riesgo. La descentralización y autonomía de las entidades territoriales son parte sustancial de la organización del Estado colombiano. En particular, los municipios constituyen la unidad fundamental de la división político-administrativa y les corresponde, entre otras competencias, ordenar el desarrollo. Para ello deben establecer la normatividad sobre los usos del suelo, vigilar y controlar conforme a la ley, las actividades relacionadas con la construcción de

inmuebles, así como dictar las normas para la preservación del patrimonio ecológico y cultural del territorio. Dado que las emergencias ocurren a nivel local, en la medida en que son las características físicas y sociales las que determinan la existencia de amenazas y vulnerabilidades, en consecuencia, son los municipios los que están llamados a actuar como agentes principales en un sistema de gestión del riesgo, que implica incorporar esta noción en un principio orientador de la planeación y la fiscalidad municipal y distrital.

La ambigüedad en las competencias regionales para la planeación y el ordenamiento territorial aumenta el riesgo. La planeación en Colombia no ha pasado de una formulación de instrumentos a un sistema de implementación armónico e integral. La planeación no siempre es garantía de una ejecución acorde con lo estipulado. Otros intereses, urgencias y demandas suelen superar las prioridades establecidas en los instrumentos, y los recursos de inversión pueden terminar asignados a objetivos claramente contradictorios con la planeación. No existen mecanismos ni instrumentos eficaces de seguimiento, control, evaluación y retroalimentación de la planeación; actividades que suelen realizarse *ex post* y sin carácter sistémico.

En cuanto a las estrategias de solución encaminadas a la población, la generación de políticas públicas parece ser una alternativa viable; de hecho, el Estado ya ha empezado a crear e implementar algunas, no solo en el departamento del Atlántico, sino a lo largo del territorio nacional.

Lahera (2004) afirma que las políticas públicas son “soluciones específicas de cómo manejar asuntos públicos” (p. 38). Uribe (2006), por su parte, plantea que la política es todo lo que refiere a situaciones en las que haya intereses comunes en un grupo. La gestión del riesgo debe comenzar a ser considerada como un asunto público, en el que confluyen múltiples intereses. No se trata solo de realizar las adecuaciones de infraestructura necesarias para evitar que una carretera se derrumbe, o tener albergues donde ubicar a las personas si ocurre un desastre que ponga en riesgo sus vidas. La gestión del riesgo implica,

entre otras, repensar el país, determinar sus niveles de vulnerabilidad y alternativas para hacer frente a los riesgos actuales y futuros. Implica decisiones de planeación territorial, de actividades productivas, de capacidad humana, entre otras.


El éxito de la política pública requiere de la posibilidad del ejercicio de poder de los distintos sectores y actores sociales, en cada uno de los momentos, desde su origen hasta su evaluación (Lahera, 2004; Amar y Alcalá, 2001). En palabras de Lahera (2004): “Si las políticas públicas no son enmarcadas en un amplio proceso de participación, ello puede sesgar a los actores públicos: los especialistas hacia la tecnocracia y los comunicadores o encuestólogos hacia al populismo in-mediatista” (p. 9).

Surgen entonces aquí las diversas problemáticas que se presentan desde el momento de la definición de las políticas públicas, y en este caso específico, políticas de gestión del riesgo y de desarrollo asociado al cambio climático en Colombia. Por un lado, está la situación de los intereses particulares que intentarán imponer de una forma u otra programas a favor de lo esperado por ellos. El “clientelismo” es un ejemplo de cómo el uso de las relaciones personales para la asignación de recursos públicos influencia de manera negativa el logro de objetivos sociales, reforzando relaciones de dependencia y no de autonomía. La marginación de grupos importantes de la población en el diseño, aplicación y evaluación de las políticas públicas y la falta de debate público sobre las mismas han sido factores claves para explicar la baja efectividad y la enorme brecha entre la intencionalidad explícita en la concepción de la política y su implementación (Amar y Alcalá, 2001).

En la cuestión sobre gestión del riesgo ante el cambio climático, la participación y la organización civil son señales de resiliencia en comunidades afectadas por distintas situaciones, que además se han hecho conscientes de las necesidades futuras y retos comunitarios y locales que se les avecinan. Esto implica la urgencia de generar políticas públicas de atención psicosocial a la población desde un enfoque que facilite procesos de mayor organización y participación comunitaria

que ayuden a las personas a desarrollar mayores capacidades de afrontamiento y, por tanto, menor dependencia institucional.

En el caso de la política pública producto del estado de emergencia decretado por el Gobierno nacional como respuesta a la crisis provocada por la ola invernal, es importante que se vincule estrechamente a la población en el tema de gestión del riesgo y que se haga uso de los adelantos tecnológicos que potencialicen su articulación a las estrategias de prevención y de mitigación de los desastres. El enfoque de resiliencia puede aportar al fortalecimiento de estas capacidades personales y comunitarias.



CAPÍTULO 2
**CONSECUENCIAS
PSICOSOCIALES
DE LA OLA INVERNAL
DE 2010-2011**

EL CONCEPTO DE *DESASTRE*

Los desastres han sido definidos como eventos extraordinarios –generalmente inesperados– que originan la destrucción de bienes materiales y la pérdida de vidas humanas, causando lesiones y una considerable cuota de sufrimiento personal y colectivo (Salazar, Heredia y Pando, 2005). El evento es extraordinario porque no hace parte del repertorio de experiencias cotidianas con las que la persona se relaciona y, por tanto, excede su capacidad de respuesta, lo cual provoca que la demanda de necesidades supere los recursos disponibles para hacerles frente (Reyes, s.f.).

Los desastres, sean de pequeñas, medianas o grandes proporciones, repercuten en las personas y el medio en el que se desenvuelven y afectan localidades, naciones o extensas regiones continentales. Sus nefastos efectos vulneran la unidad biopsicosocial, cultural y espiritual de las personas y transforman negativamente la cotidianidad de la existencia (Naranjo, 2010).

El análisis de los desastres causados por las olas invernales y las sequías a nivel mundial ha permitido hacer ciertas proyecciones sobre los posibles impactos que sobre la población tendría el cambio climático de no tomarse acciones de mitigación y adaptación.

Los desastres suceden especialmente y con consecuencias más funestas sobre la población que no está preparada para hacerles frente. Por tanto, es importante prevenir las consecuencias del cambio climático que pueden acabar siendo desastres.

El término “desastre” proviene etimológicamente del latín *des*, contrario o negativo, y *astre*, astro o estrella (Echeverri, 2000), que traduce ‘producto de la desventura, la mala suerte o del designio de los astros’. De allí que estos eventos suelen ser siempre percibidos por las comunidades como algo anormal, infortunado, producto de una voluntad superior o ajena al ser humano sobre la que no se ejerce ningún control. Sin embargo, no todos los desastres son impredecibles o producto de los designios de la naturaleza, si no que pueden clasificarse en dos tipos: los desastres naturales y los desastres antrópicos (Reyes, s.f.).

LOS DESASTRES NATURALES

Los desastres naturales, como su nombre lo indica, son aquellos causados por los procesos propios de la naturaleza y sus manifestaciones. Suelen ser inesperados, presurosos e inevitables (Reyes, s.f.). Responden a su propia clasificación, y se dividen en tectónicos, meteorológicos, topológicos y biológicos (González y Grases, 1992).

- **Tectónicos:** relativos a la corteza terrestre. Comprenden los temblores, terremotos, tsunamis y erupciones volcánicas.
- **Meteorológicos:** relativos a los fenómenos atmosféricos, como ciclones, huracanes, tornados, granizadas y sequías.
- **Topológicos:** relativos a la superficie terrestre, como deslizamientos, avalanchas, derrumbes e inundaciones.
- **Biológicos:** relacionados a los seres vivos, como las epidemias y plagas.

LOS DESASTRES ANTRÓPICOS

Se refieren a los desastres provocados por la acción humana. Generalmente son predecibles, es decir, se pueden evitar y duran desde segundos hasta años (Reyes, s.f.). Ejemplos de desastres antrópicos son los incendios, las guerras, los motines, los accidentes masivos y las contaminaciones químicas. Algunos autores, como Herzer (1994), expresan que todos los desastres son el resultado de acciones humanas, ya que sin la apropiación humana de los territorios, los llamados desastres naturales serían solo las manifestaciones de vida de la tierra. Los desastres responden entonces a una interrelación entre la naturaleza y la sociedad con una infraestructura física y un sistema social y económico vulnerable. Cabe resaltar que la emisión excesiva de gases de carbono está creando variaciones en el clima, es decir, acelerando e incrementando el proceso natural de calentamiento global, aumentando como consecuencia los desastres naturales por la acción humana (Arranz y Palacios, 2000).

FASES DE LOS DESASTRES NATURALES

Los desastres presentan unas fases que han sido delimitadas y que se conocen como fases de pre-impacto, impacto y post-impacto. En general, como cada desastre tiene sus propias características, no todos se desarrollan de la misma manera ni pasan por todas las fases. Sin embargo, estas deben ser abordadas, ya que su estudio proporciona una mayor comprensión de los efectos psicosociales que se producen en las víctimas.

- *Pre-impacto*: comprende el período de aviso a la población y la amenaza antes de que ocurra la calamidad. En esta fase vecinos, instituciones o medios de comunicación advierten a la comunidad sobre la posible inminencia de peligro (Narváez, Trujillo, Vergara y Martín, 2012); puede ocurrir que ante la advertencia, la población se muestre indiferente o no le dé la importancia requerida, lo que acarrea un mayor número de pérdidas humanas.

En muchos casos esta apatía inicial es producto de una ilusión de invulnerabilidad que aparece frecuentemente porque las personas consideran poco probable o casi imposible encontrarse en una situación de este tipo (Renedo, Gil y Valero, 2007).

Las siguientes razones sustentan la ilusión de invulnerabilidad de los individuos: *ausencia de concienciación*: se considera que la probabilidad de ocurrencia del hecho es baja: “tal vez no pase nada”; *baja estimación del riesgo*: el riesgo del desastre se minimiza: “seguro no será tan grave como dicen”; *confianza en la tecnología*; las personas pueden mostrar demasiada confianza en la tecnología ideada por el ser humano; también suele descargarse la responsabilidad en las entidades estatales; *negación/fatalismo*: la persona niega el hecho: “es imposible que esto suceda”, o bien se abandona al fatalismo y no realiza los esfuerzos necesarios por ponerse a salvo; *presiones sociales*: en muchos casos los individuos que permanecen en una zona a pesar del riesgo o que no muestran señales de temor suelen ser considerados valerosos y reciben atención y aprobación social.

Otras reacciones frecuentes son las de desamparo, terror, inquietud y un estado de alerta que prepara al cuerpo para el enfrentamiento con la amenaza; en gran medida las reacciones individuales dependerán de la experiencia previa que tenga el sujeto (Narváez et al., 2012).

Cuando existe conciencia del riesgo por parte de los entes gubernamentales, o bien por parte de la comunidad, esta fase es la de preparación, es decir, se realiza la capacitación de las personas, se elaboran planes de contingencia y acciones institucionales para mejorar las capacidades de respuesta en caso de presentarse el desastre (Organización Panamericana de la Salud [OPS], 2007). Los eventos que a pesar del amplio desarrollo tecnológico han sido imposibles de prever carecen de esta fase.

- *Impacto*: durante este período se presenta el hecho desastroso. Las personas deben lidiar con situaciones abruptas y aterradoras que sobrepasan sus niveles de respuesta. Las reacciones emocionales son intensas: pánico, miedo agitación, embotamiento (OPS, 2007). Se pueden presentar cuadros clínicos como reacciones conversivas, pánico individual y respuestas excesivamente activas (Calderón, 2002).

El impacto también se refiere a la zona geográfica afectada; esta puede ser una *zona de impacto central*, *zona de destrucción*, *zona marginal* o una *zona exterior*. En la *zona de impacto central* es donde se concentra la mayor destrucción, con mayores pérdidas materiales y humanas. La *zona de destrucción* se refiere únicamente a pérdidas materiales; la *zona marginal* es donde el desastre no ha cobrado vidas, pero ha generado conmoción, provocando la huida de los pobladores a zonas aledañas; la *zona exterior* es aquella que ha quedado intacta y desde donde se moviliza la ayuda civil (Renedo et al., 2007).

En general es evidente que las reacciones psicológicas de la comunidad al impacto dependen de la zona de conmoción, el tipo de desastre, su intensidad, duración, si fue predecible o no y el tiempo que duró el aviso y la amenaza, entre otros aspectos. Elementos como la preparación psicológica, la resistencia o fortaleza psicológica y la organización o modelo de intervención usado por los rescatistas influyen ampliamente en los comportamientos y reacciones de las personas y colectividades frente al evento (Renedo et al., 2007).

- *Post-impacto*: comprende el período después de ocurrido el hecho, se encuentran sentimientos de culpa, resignación, duelo, depresión, se desarrollan trastornos de estrés postraumático, lo cual quiere decir que los individuos siguen re-experimentando el desastre con oleadas de ansiedad, temor y aturdimiento (OPS, 2007). Los desastres siempre implican perturbaciones psicosociales, que afectan la esfera psicológica, individual, familiar y social de las víctimas (Arranz y Palacios, 2000).

Para efectos prácticos podemos delimitar las consecuencias de los desastres en dos niveles: el psicológico y el social (Echeverri, 2000). En la esfera psicológica, los desastres naturales acarrearán reacciones de estrés, depresión y ansiedad (Salazar et al., 2005), que tienen severos efectos traumáticos tanto en las víctimas del acontecimiento como en los observadores del mismo (Echeverri, 2000). En términos sociales, se presenta un deterioro del tejido social, ruptura de los lazos sociales y pérdida de la confianza en las instituciones. Estos se detallan a continuación.

CONSECUENCIAS PSICOLÓGICAS DE LOS DESASTRES

Los siguientes procesos psicopatológicos surgen en la etapa post-desastre, que abarca los meses siguientes al evento traumático, donde la persona puede permanecer “atascada” en la tragedia y sus consecuencias, de lo cual resulta una serie de psicopatologías. Investigaciones realizadas con víctimas de desastres naturales (Brock, Lazurus & Jimerson, 2003; Weems, Scott, Banks & Graham, 2012) señalan que a nivel psicológico las patologías con mayor prevalencia estadística son los trastornos de ansiedad como el TEPT (trastorno por estrés postraumático), el trastorno obsesivo compulsivo, fobias específicas, fobia social y de ansiedad generalizada, y por parte de los trastornos del estado del ánimo, la depresión mayor.

ANSIEDAD Y TRAUMA

Encontrarse expuesto a un desastre natural puede ser un evento traumático que afecte al individuo en su forma de ver su mundo y su futuro, disparando, de esta forma, un gran número de reacciones físicas, vinculares, conductuales, cognitivas y emocionales en la persona que lo padece (Cherry, 2009). Una de las vivencias humanas que emergen y se precipitan ante la exposición a un evento traumático es la experiencia de ansiedad, que encierra, entre otras cosas, la aprehensión de la pérdida de sentido en su vida, pérdida de sus vínculos, y hasta la muerte física (Tillich, 1961).

La experiencia de ansiedad se refiere a una valoración realizada por el sujeto, en la cual la situación que se presenta es percibida como amenazante para la integridad del mismo. Se debe entender la ansiedad como “una experiencia que emerge... por la capacidad que tienen los seres humanos de valorar, dar significado a sus acciones y tratar de afirmar o preservar aquello que consideran importante en sus vidas” (De Castro y García, 2012, p. 44). La ansiedad es una experiencia siempre presente en los seres humanos, debido a la sensación de incertidumbre que se percibe al no tener seguridad que garantice el desarrollo de un proyecto de vida conforme a lo esperado, sino que, por el contrario, siempre existe la posibilidad de que nuestro plan de vida falle o no sea parecido a lo “soñado” (De Castro, 2005; Fischer, 1988; Boss, 1979).

Ahora bien, no es posible afirmar que la ansiedad es nociva en todos los casos de la existencia humana, sino que es una experiencia presente en todo tiempo, ya que siempre está implicada en cada decisión tomada diariamente y en el proyecto de vida que nos hemos planteado (De Castro, 2005; May, 1963). La ansiedad no es necesariamente un síntoma patológico sino una experiencia que debe ser confrontada constructivamente, lo cual produciría, en determinado caso, estabilidad en nuestra estructura psicológica y, por consiguiente, salud; por el contrario, cuando la ansiedad no se asume conscientemente, las valoraciones realizadas percibidas como dañinas de forma constante conducen al malestar, y en el peor de los casos a la patología, que se expresa en la reducción del yo, el uso patológico de los mecanismos de defensa y reducción de conciencia sobre las posibilidades (De Castro, 2005; May, 2000; Fischer, 1988).

Rojas (2000) plantea que la ansiedad puede producir un modelo de enfermedad psíquica pentadimensional, es decir, físico, psicológico, conductual, intelectual y asertivo, caracterizados por los siguientes síntomas:

- *Físicos*: palpitaciones, opresión precordial, temblores, hipersudoración, sequedad de la boca, dificultad respiratoria, pellizco gá-

trico, gases estomacales o falta de apetito, sensación pseudovertiginosa, hiperactividad global.

- *Psicológicos*: inquietud, desasosiego, inseguridad, sentimientos de vacío, presentimiento de la nada, disminución de la atención, melancolía, pérdida de energía, temor a perder el control, temor a la muerte, locura y/o suicidio.
- *Conductuales*: hipervigilancia, dificultad para la acción, bloqueo afectivo, inquietud motora, trastornos del lenguaje no verbal (expresión facial congelada o displacética, cara con rasgos de preocupación, movimientos torpes, gestos de interrogación o extrañeza).
- *Intelectuales*: errores en el procesamiento de la información, expectación generalizada negativa, pensamientos preocupantes y negativos, pensamientos ilógicos, dificultad para concentrarse, trastornos de la memoria, pensamientos absolutistas, tendencia a las dudas.
- *Asertivos*: descenso de las diversas habilidades sociales, bloqueo en la relación humana, no saber qué decir ante ciertas personas, no saber decir que no, no saber terminar una conversación difícil, bloquearse al hacer preguntas o al responder, no aceptar una broma.

Ahora bien, en cuanto a la relación de trauma y ansiedad, Stolorow (2007, p. 9) propone que el trauma es “una experiencia de efectos insoportables” en un contexto donde existe “ausencia de sintonía y capacidad de respuesta hacia las dolorosas reacciones emocionales”; en otras palabras, el trauma es la vivencia de la ansiedad ante un evento que amenaza física o psicológicamente al individuo, a un nivel que desborda a la persona tanto emocional como psicológicamente, resultando en sensaciones de gran horror, desesperanza y miedo (Asociación Americana de Psiquiatría, 2000).

Estas sensaciones de horror, desesperanza, pérdida de sentido de vida, enfrentarse de cara a la muerte física y psicológica (representado en la pérdida de sus bienes, plan de vida,...), aislamiento social o ruptura de vínculos sociales, que no se asumen de forma constructiva, sino

que sobrepasan las defensas del aparato psíquico, tienen como desenlace patologías mentales o formas de vida disfuncionales que producen un malestar severo y deterioro en la calidad de vida de la persona.

DEPRESIÓN MAYOR

Puello (2010) afirma que la depresión comúnmente ha sido considerada como un trastorno psíquico de tipo afectivo, intelectual y de conducta caracterizado por tristeza, pesimismo, irritabilidad, ideas de culpa, desesperanza, problemas de memoria, concentración, entre otros. La persona depresiva considera que su vida no es buena, no tiene ganas de soportar por más tiempo una vida pesada y llena de sufrimientos. Para la persona que padece este trastorno, la vida pierde su valor, y cuanto más triste se siente, menos posibilidades de cambio cree tener. El compararse con los otros se convierte en un motivo adicional de agudización de la enfermedad: en este sentido, el depresivo considera entonces que él es el fracasado e incapaz, y experimenta un profundo vacío (Laengle, 2004).

TRASTORNO POR ESTRÉS POSTRAUMÁTICO (TEPT)

La Sociedad Española para el Estudio de la Ansiedad y el Estrés (s.f.) define el trastorno de estrés postraumático como un trastorno de ansiedad debido al sufrimiento padecido por un evento traumático, llevado a cabo por seres humanos o por elementos de la naturaleza. Sus síntomas se encuentran agrupados en tres tipos diferentes: re-experimentación, hiperactivación fisiológica y evitación.

En el primer grupo de síntomas son evidentes los *flashbacks*, es decir, imágenes de la situación traumática han quedado grabadas y se experimentan una y otra vez con gran viveza. Estos procesos cognitivos disminuyen la capacidad de concentración, memoria, toma de decisiones, y producen reacciones emocionales muy fuertes, con intensas respuestas de ansiedad, irritabilidad, ira, tristeza, culpa, entre otras emociones negativas. El segundo grupo de síntomas se encuentra encadenado al primer grupo, debido a que se genera un malestar psicológico que mantiene la reacción de estrés, como si volviera a repetirse

la situación traumática, o pudiera repetirse en cualquier momento, lo cual genera agotamiento, emociones intensas, pensamientos irracionales, sesgo atencional (todo el tiempo se piensa en lo mismo), sesgo interpretativo (estímulos que antes eran neutros ahora se ven como amenazantes y se evitan), lo que aumenta la intensidad de las respuestas de ansiedad, sumando más impotencia, debilidad, agotamiento, etc.

CONSECUENCIAS PSICOSOCIALES DE LOS DESASTRES

TRAUMA PSICOSOCIAL

Tradicionalmente se ha concebido el trauma como una huella producida en la psique por un evento que desborda los mecanismos de defensa y adaptación del ser humano. Esta percepción asume los problemas psicológicos como análogos a enfermedades que se originan y dan cuenta de la vida interior del sujeto (Castaño, s.f.). Esta perspectiva considera al sujeto traumatizado apartado de la sociedad, estudiando su sintomatología subjetiva, de manera que parecería que este se encuentra poco orientado a responder y verse afectado por las situaciones que le rodean (Díaz, Blanco, Sutil y Schweiger, 2007). Sin embargo, frente a esta postura tradicional sobre el trauma existen otras que lo conciben como un fenómeno vivido de manera colectiva, es decir, que trasciende al individuo y modifica las dinámicas familiares, grupales y colectivas en las que este se encuentra inserto. Así, el trauma es concebido entonces como efecto y como causa de las dinámicas sociales (Castaño, s.f.).

El trauma debe ser situado en sus condiciones sociohistóricas, de tal forma que no se ignore la pertenencia del sujeto a un contexto económico, político y social (Blanco y Díaz, 2004; Hernández y Blanco, 2005), ya que solo si dejamos de analizar al sujeto aislado de su medio podremos vislumbrar los verdaderos efectos de la tragedia sobre la salud mental.

El concepto de trauma psicosocial, acuñado por el psicólogo Martín-Baró, pretende ampliar el abordaje de los problemas psicológicos y sociales para insertarlos en un determinado contexto sociohistórico al que responden y pertenecen (Faúndex y Cornejo, 2010). Este concepto se encuentra sustentado en las siguientes premisas:

- *Carácter dialéctico*: el trauma se sitúa en la relación dialéctica entre sujeto individual/sujeto social y encuentra su plena explicación en el nivel colectivo (Madariaga, 2002). De esta manera, el trauma es producido por la sociedad y su naturaleza debe ubicarse solo en la relación social (Martín-Baró, 2003).
- *Causas de tipo social*: desde esta perspectiva, el trauma es mantenido por relaciones sociales o mediaciones institucionales que lo sostienen. El paradigma de salud mental cambia, la patología deja de ser vista como las manifestaciones de la psique individual perturbada para ser entendida como la cristalización de las relaciones sociales del individuo con su medio (Martín-Baró, 2003).
- *Afectación de las relaciones sociales y mantenimiento del trauma*: los eventos traumáticos siempre afectan las relaciones sociales, y el mantenimiento de estas relaciones multiplica los casos de individuos traumatizados (Manrique, Martínez y Turizo, 2007).

El término “trauma psicosocial” se ha utilizado para hacer referencia al trauma derivado de la violencia sociopolítica, esencialmente para evidenciar la herida que la guerra y la violencia prolongada han impreso en los seres humanos y sus dinámicas relacionales (Martín-Baró, 1990). Aunque el término nace del drama de la tortura, el miedo y la dominación, consideramos que es acertado aplicar el término psicosocial a los traumas causados por los desastres naturales. Esto tiene especial interés si, como se dijo anteriormente, buscamos entender las verdaderas consecuencias psicosociales del trauma, como aquellas que generan rigidez en la vida social, desconfianza hacia los otros y hacia la bondad del mundo (Blanco y Díaz, 2004). Quedarse en una mirada individual hace correr el riesgo de perder todo el panorama, en especial aquel que hace referencia a la profunda afectación que el

trauma produce sobre las dimensiones del bienestar social, las cuales se describen a continuación (Díaz et al., 2007).

- *Integración social*: los traumas fragmentan las relaciones entre la persona y la comunidad. Estos individuos no se sienten pertenecientes a su grupo social, por ende, no cultivan las relaciones con familiares, amigos y vecinos, de manera que la integración social se ve profundamente socavada.
- *Aceptación social*: también es importante que la persona confíe en los demás, los acepte y les atribuya cualidades positivas como bondad, amabilidad y honestidad (Blanco y Díaz, 2005). Los traumas terminan por vulnerar estas creencias, imprimiendo una visión negativa acerca de la naturaleza del ser humano.
- *Contribución social*: el bienestar social también implica que la persona experimente un sentimiento de utilidad que le haga sentirse valioso, capaz de contribuir a la comunidad y al mundo entero (Blanco y Díaz, 2005). El trauma derrumba las creencias en la propia capacidad de aportar, de cumplir los objetivos propios, lo cual afecta la identidad y la autoestima.
- *Actualización social*: junto con toda esta visión negativa del tejido social, el trauma genera una desconfianza ante el cambio, no existe confianza en el futuro ni en la posibilidad de que la sociedad se desarrolle y crezca en una dirección congruente con el bienestar.
- *Coherencia social*: el sujeto pierde el sentido de sí mismo y el sentido del mundo (Blanco y Díaz, 2004). El mundo ya no representa un lugar seguro. Es más bien un nicho impredecible e incoherente que está a la merced de terribles males.

Al final obtenemos un sujeto que ha perdido el sentido de su vida, su lugar en la sociedad y la confianza que había depositado en todo lo conocido. Invasado por un gran temor al constatar el cumplimiento de sus más graves elucubraciones se ve desgarrado por la falta de razón: no puede creer en la benevolencia del mundo y de los que lo habitan, no puede creer en la equidad, la justicia y el control (Rodríguez, 2006).

Después de analizar los principales síntomas psicopatológicos y las consecuencias psicosociales de los desastres es necesario mencionar que no todos los individuos permanecen en tal estado de calamidad. Algunas personas se adaptan a su nuevo estilo de vida de forma satisfactoria, resignificando los hechos ocurridos en los meses anteriores y reconstruyendo su plan de vida. A pesar de la consideración negativa del trauma, este puede convertirse en un momento para que la persona reorganice una vida antes desorganizada, reorientando sus valores y metas (Rubin y Bloch, 2001). Yalom (1984) plantea que la persona al enfrentarse de forma constructiva con las cuatro preocupaciones básicas de la existencia, es decir, tomar consciencia de la muerte (tanto física como psicológica), de su libertad y responsabilidad como ser humano, del sentido de su vida y del hecho de vivir en relación con otras personas, le llevará al éxito en su nueva etapa de vida, pero que el enfrentarse de forma destructiva, como, por ejemplo, ignorando la situación actual, lo llevará a desencadenar sensaciones de vacuidad y pérdida de vitalidad de su mundo.

VOCES DE BOHÓRQUEZ

Las personas afectadas por la ruptura del Canal del Dique enfrentaron un evento extraordinario e inesperado. Esto provocó el deterioro social de sus comunidades. Según Cohen (1985), luego de transcurrido el desastre, las personas, que inicialmente se agrupan, empiezan a aislarse, con reacciones rígidas de independencia, como resultado de la dificultad para compartir los materiales y recursos suministrados. En esta etapa la gente se enfada con gran facilidad, se siente herida por no recibir lo justo, culpa a los demás o se siente culpable por su ambición.

Sí, porque eso después de la ola invernal generó más conflicto, todo era conflicto, para todo, para todo, más agresivos, peleando uno con el otro, que esto, lo otro; eso lo que creó fue conflicto en la comunidad.

*

También por lo menos porque la gente que vivía en los cambuches, yo no vivía en los cambuches, yo vivía en Puerto Giraldo arrendada, y por la calle donde yo estaba casi no llegaba ayuda, y entonces yo me venía de allá para acá para los cambuches... Cuando uno llegaba, siendo del mismo pueblo, se ponían bravos cuando uno llegaba; nada más andaban con el egoísmo.

Es evidente que gran parte la intervención oficial no es contundente, las políticas de intervención se hacen pensadas desde el buró, sin considerar las necesidades de la gente, sobre todo en lo respectivo a tiempos, indicaciones y trámites burocráticos (Boffeli et al., 2008); adicionalmente, cuando las políticas no son claras, exacerbaban la competición por los recursos.

En mi caso, por ejemplo, una vecina allá, ella salió en el millón quinientos, y eso me decía: “Yo salí, yo salí y fulano no salió”. Eso como que choca a uno, ¿ya? Yo le decía. “Sí, saliste, saliste... cógete la plata y cómetela y... ¿después?”.

*

Todos sufrimos con la oleada invernal 2010- 2011, todos sufrimos. Vino un subsidio para todos los damnificados de la ola invernal del 2011 de millón quinientos, y si salimos 10 o 15 fuimos muchos; ahí está la muchacha, que lo puede decir mejor que yo, oyó. ¿Sabe para lo que decían que era? Para unos regalos para unos pelaítos...

*

A mí me pidieron el documento de mi sobrinita y se los di... entonces nos puso a caminar la seca, la meca, y él con el trapón aquí puesto... Entonces yo le dije: “Si a mí me toca sacar el registro, la plata me la das tú, porque yo no la tengo”. Y así lo hice, porque la tenía aquí, pero no lo fui a sacar con mi plata, porque he pagado yo muchos pasajes...

*

Cuando a mí me tocó meter los documentos, me tocó pagar 7000 pesos por la autenticada, porque me tocó pagar 5000 al notario y 2000 pesos en copias ampliadas, y copias aquí y copias allá.

Luego del desastre, las personas afectadas quedan en una mayor condición de vulnerabilidad. El cambio climático se ha denominado como “un multiplicador de amenazas”, pues agrava los problemas sociales ya existentes en una comunidad o un país (ACNUR, 2011). En este caso los habitantes enfrentaron la escasez de la falta de alimentos, recrudesció la pobreza.

Antes de la inundación comíamos tres; ahora no, apurado dos.

*

Sí, ahora lo traen de afuera... un pescaito, y no sabe a bueno, ni sabe a nada.

La politiquería y el charlatanismo, la venta de votos y la pérdida de fe en las instituciones también se incrementaron.

... precisamente el día de la fiesta se subió a dar una cátedra y lo bajaron; todo el mundo se puso de acuerdo y lo bajó —lo iban hasta a linchar—; todo el mundo borracho, con alcohol en el estómago, entonces era que iba a hablar de agua, prometiendo pavimento, prometiendo todas esas cosas, y lo bajaron de la tarima después.

*

No, por ron no es, por ron no tanto. Es por lo menos el eternit, el cemento o algún... Tiene que ser un billete de cincuenta. Yo no tengo la cédula; yo le digo no tengo la cédula, ellos me dicen yo te ayudo con la cédula, pero ya tú sabes que cuando vengan las elecciones tú me tienes que colaborar. Eso es como favor... Como favor por favor.

*

Yo creo lo mejor aquí es votar en blanco. Lo mejor en este corregimiento que venga el xxx de política y vamos a votar todos en blanco para que cambie, a ver si cambiamos, porque aquí hay corrupción. Hay gente que no hace nada por este pueblo. Ven el billete y enseguida corren y dan la plata... yo no cojo plata. A veces nosotros no nos damos cuenta por la persona por la que vamos a votar.

El malestar emocional se hizo evidente en las personas que al ser entrevistadas en el proceso de acercamiento a la comunidad y en las

visitas domiciliarias referían sensaciones de tristeza, pesimismo y desesperanza debido al desastre ocurrido y la situación de vida percibida en el futuro próximo. La añoranza por el pasado también es evidente:

Antes, cuando vivíamos en Bohórquez, viejo, las fiestas eran mejor dicho... era una sola calle y un solo señor se encargaba de las fiestas patronales del corregimiento de Bohórquez, se llamaba Martínez; él traía todos los elementos para hacer las fiestas. Cuando hubo la inundación que nos hizo salir, la avalancha del río Magdalena [inundación del año 63], hacia acá, cambió el pueblo, ya cambió la generación.

Al respecto, la recuperación de las pérdidas de las personas es parcial, coexisten sentimientos de tristeza, nostalgia, miedo e inseguridad (Boffeli et al., 2008), sobre todo en lo concerniente a una nueva inundación. Las pérdidas no fueron solo materiales, sino que perdieron parte de su historia, estilo de vida, sueños y metas que se habían propuesto; sin embargo, las personas se adaptan, se resignan a los que perdieron e inician nuevos rumbos; es por ello que el espíritu de estos habitantes no se ha quebrado. Los problemas se resisten a desaparecer, pero también se resisten las tradiciones, las fiestas y las nuevas amistades, de un pueblo que lucha por salir adelante (ver gráfico 4).

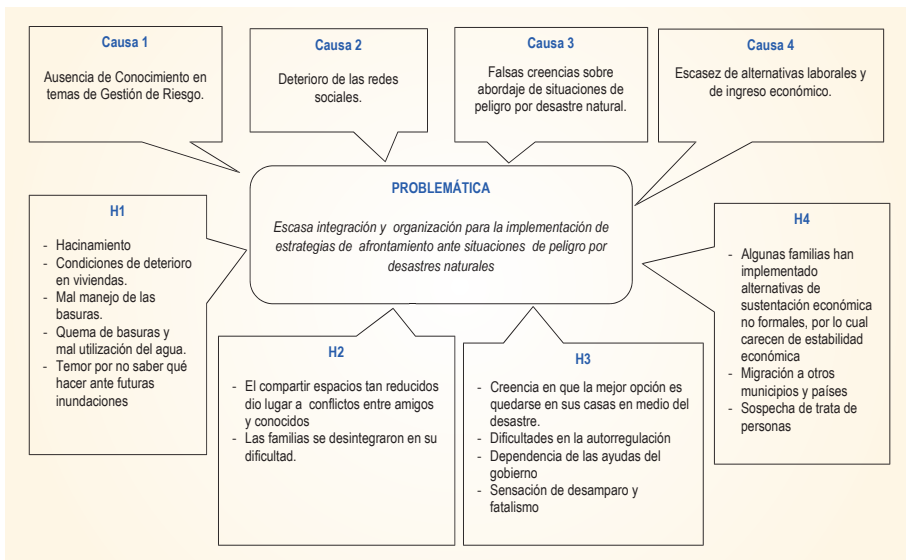


Gráfico 4. Árbol del problema



CAPÍTULO 3
PERSPECTIVA TEÓRICA

INTRODUCCIÓN

En el capítulo anterior se presentaron las repercusiones psicosociales negativas que los desastres pueden tener sobre la salud mental y las dinámicas sociales de las comunidades. Ahora bien, con la cada vez mayor conciencia de la salud como fenómeno de repercusiones públicas, la psicología se ha esforzado por generar un mayor fundamento teórico y metodológico de las actividades que se desarrollan con el fin de promover la salud y prevenir las enfermedades (Flórez, 2004), de manera que las intervenciones ayuden a las personas a afrontar situaciones difíciles, potenciar sus habilidades y despertar su consciencia para transformar las circunstancias del medio (Blanco y Valera, 2007).

ANTECEDENTES Y DEFINICIÓN DE LA RESILIENCIA

Las tendencias actuales en psicología de la salud han llevado a la reflexión sobre los elementos salugénicos de las personas, lo que ha permitido consolidar una corriente denominada Psicología Positiva. Esta perspectiva busca conocer los procesos subyacentes a las cualidades positivas del ser humano, lo cual genera una mejor calidad de vida y bienestar (Seligman y Csikszentmihalyi, 2000).

Uno de los conceptos que se ha estudiado desde la psicología positiva es la resiliencia. A mediados del siglo pasado, las ciencias humanas comenzaron a utilizar el concepto de resiliencia para referirse a la capacidad de las personas para sobreponerse a situaciones adversas y sacar provecho de ellas. El término “resiliencia” proviene de la física y se refiere a la capacidad de un material para recobrar su forma después de ser sometido a altas presiones. Su origen etimológico se encuentra en el latín *resilio*, que significa ‘volver atrás’, ‘volver de un salto’, ‘resaltar’, ‘rebotar’. Las ciencias sociales adoptaron el término para caracterizar a las personas que nacen y viven en condiciones de alto riesgo pero se desarrollan sanas y socialmente exitosas (Muniz et al., 1998).

Rutter (1993) sostiene que la resiliencia alude a diferencias individuales que suelen mostrar las personas cuando están expuestas a diversos grados de riesgo. En este sentido, la resiliencia, o facultad de recuperación, implica dos componentes: la resistencia frente a la destrucción (capacidad de proteger la integridad ante las presiones deformantes) y la capacidad para construir conductas vitales positivas (Cabrejos, 2005).

Hoy se entiende por resiliencia “la capacidad humana para enfrentar, sobreponerse y ser fortalecido o transformado por experiencias de adversidad” (Grotberg, 2003). Por tanto, podemos decir que se refiere a la capacidad de la persona para mantener un funcionamiento efectivo frente a las adversidades del entorno o para recuperarlo en otras condiciones (Trujillo, 2005). La resiliencia también se ha definido como la capacidad de una persona o grupo para proyectarse en el futuro pese a los acontecimientos desestabilizadores de la vida (Vera, Carbelo y Vecina, 2006).

El concepto ha sido tratado de manera diferente dependiendo de la escuela de pensamiento: para los franceses, la resiliencia es la capacidad de salir adelante tras una experiencia adversa, aprender de ella y mejorar (lo que denominan crecimiento postraumático), mientras que para los norteamericanos es el proceso de afrontamiento que ayuda a la persona a mantenerse intacta sin que necesariamente esto implique

otras ganancias de la situación. Desde esta última mirada, el término “resiliencia” aplica solo al retorno homeostático del sujeto, mientras que términos como “floreCIMIENTO” o “creCIMIENTO postraumático” deberían aplicarse para referirse a la obtención de beneficios o a mejoras tras la experiencia traumática (Vera et al., 2006).

En el campo de la psicología y la psiquiatría, Scoville publicó el primer artículo que utilizó este término (Kalawski y Haz, 2003). El término se utilizó para referirse al hecho de que situaciones peligrosas para la vida no afectaban tanto a los niños y niñas, como sí lo hacía el desarraigo de la familia. Sin embargo, no fue sino hasta la década del 70 que el término adquirió mayor uso (Kalawski y Haz, 2003). El interés inicial estuvo básicamente orientado a las características de los niños y niñas que salían adelante desde condiciones adversas. Sin embargo, la mayoría de los primeros investigadores e investigadoras no utilizaron el término “resiliencia”, sino que se refirieron a esta cualidad describiendo a dichos niños y niñas como invulnerables o invencibles, en el sentido de que eran resistentes al estrés (Lösel, Bliesener & Kofel, 1989).

Aparece entonces otro concepto asociado a la resiliencia, el de “invulnerabilidad”, que puede definirse como la imposibilidad de ser vulnerado o herido. Este concepto perdió su vigencia, según Rutter (1993), por las siguientes razones: (a) la invulnerabilidad implica una resistencia total al daño; (b) sugiere que se aplica a todas las circunstancias de riesgo; (c) implica una característica intrínseca del sujeto; y (d) sugiere una característica estable en el tiempo. Por tal razón tuvo más acogida el concepto de resiliencia.

De acuerdo con Palomar y Gómez (2010), la resiliencia es el proceso de una adaptación exitosa a pesar de las circunstancias desafiantes o amenazantes. Suárez (1996), por su parte, afirma que la resiliencia implica una combinación de factores que permiten a un ser humano afrontar y superar los problemas y adversidades de la vida; es decir, le permite contender con el estrés de la vida cotidiana y con las situaciones difíciles, sin que necesariamente se refiera a recuperación

después de haber experimentado un trauma. Kalawski y Haz (2003) la asumen como la capacidad de un individuo o de un sistema social de vivir bien y desarrollarse positivamente y de un modo socialmente aceptable, a pesar de condiciones de vida difíciles.

La resiliencia propone un nuevo paradigma de desarrollo humano, argumentando que no todas las personas que crecen en condiciones de adversidad, pobreza y desigualdad social están condenadas al fracaso, a la delincuencia o a la locura; de manera contraria, este concepto hace énfasis en el potencial humano y hace un llamado a la esperanza y a la responsabilidad colectiva en la promoción de cambio social (López, 2010).

Kotliarenco, Cáceres y Fontecilla (1997) exponen algunas de las definiciones que, desde este campo, han desarrollado diversos autores en torno a este concepto: habilidad para surgir de la adversidad, adaptarse, recuperarse y acceder a una vida significativa y productiva. Asimismo, Grotberg (1995) la asume como la capacidad humana universal para hacer frente a las adversidades de la vida, superarlas o incluso ser transformado por ellas.

Vanistendael (1997) propone cinco dimensiones de la resiliencia:

1. *Existencia de redes sociales informales*: la persona tiene amigos, participa de actividades con ellos y lo hace con agrado; tiene en general buenas relaciones.
2. *Sentido de vida, trascendencia*: la persona muestra capacidad para descubrir un sentido y una coherencia en la vida.
3. *Autoestima positiva*: la persona se valora a sí misma, confía en sus capacidades y muestra iniciativa para emprender acciones o relaciones con otras personas porque se siente valiosa y merecedora de atención.

4. *Presencia de aptitudes y destrezas*: es capaz de desarrollar sus competencias y confiar en ellas.
5. *Sentido del humor*: la persona es capaz de jugar, reír, gozar de las emociones positivas y de disfrutar de sus experiencias.

Por su parte, Grotberg (2003) plantea que en la actualidad existen ocho nuevos enfoques sobre el concepto de resiliencia, en función del área del desarrollo humano:

1. La resiliencia está ligada al desarrollo y el crecimiento humanos, incluyendo diferencias etarias y de género.
2. Promover factores de resiliencia y tener conductas resilientes requieren diferentes estrategias.
3. El nivel socioeconómico y la resiliencia no están relacionados.
4. La resiliencia es diferente de los factores de riesgo y los factores de protección.
5. La resiliencia puede ser medida; además es parte de la salud mental y la calidad de vida.
6. Las diferencias culturales disminuyen cuando los adultos son capaces de valorar ideas nuevas y efectivas para el desarrollo humano.
7. Prevención y promoción son algunos de los conceptos en relación con la resiliencia.
8. La resiliencia es un proceso: hay factores de resiliencia, comportamientos resilientes y resultados resilientes.

CONCEPTOS ASOCIADOS A LA RESILIENCIA

LA RESOLUCIÓN DE PROBLEMAS

Los estudios desde este enfoque también han dado un especial énfasis a la forma como las personas resuelven los problemas que se les presentan cotidianamente. Uno de los principales modelos teóricos que ha intentado dar cuenta de la forma como se solucionan los problemas es el modelo de cinco componentes, desarrollado por D’Zurilla y Nezu (Vera-Villarroel y Guerrero, 2003).

La solución de problemas sociales se entiende como “el proceso cognitivo-conductual autodirigido mediante el cual una persona intenta identificar o descubrir soluciones efectivas o adaptativas para situaciones problemáticas específicas encontradas en la vida diaria” (Vera-Villarroel y Guerrero, 2003, p. 22). El apelativo “social” en esta teoría responde al proceso de solución de problemas en un ambiente relacional, en el cual el sujeto trata con todos los tipos de problemas de la vida, de manera que este abordaje teórico incluye los problemas impersonales, personales/intrapersonales, interpersonales e incluso problemas sociales o comunitarios.

La situación problema, a su vez, se entiende como

... aquellas situaciones específicas de la vida (presentes o anticipadas) que exigen determinadas respuestas, consideradas como adaptativas, pero que no reciben respuestas de afrontamiento eficaces provenientes de las personas que se enfrentan con las situaciones, debido a la presencia de distintos obstáculos. (Vera-Villarroel y Guerrero, 2003, p. 22)

Desde esta perspectiva, la solución eficaz de los problemas requiere de la implementación de los cinco componentes mencionados, los cuales se encuentran a su vez contenidos en dos procesos mayores que se pueden resumir así (Vera-Villarroel y Guerrero, 2003):

- a) Un componente motivador general llamado orientación al problema.
- b) Un set de cuatro destrezas específicas de resolución de problemas: definición y formulación del problema, generación de alternativas de solución, toma de decisiones, y puesta en práctica de la solución y verificación.

Al parecer las personas aplican de manera complementaria estos componentes, los cuales interactúan entre sí de múltiples formas.

ESTRATEGIAS DE AFRONTAMIENTO

El afrontamiento hace referencia a las conductas generadas por las personas para protegerse de ser afectados psicológicamente por una experiencia problemática que suele denominarse “estresor”, de acuerdo con lo planteado por Pearlin y Schooler (1978). Este es cualquier demanda ambiental, social o interna que lleva al sujeto a adaptar sus patrones de conducta para hacerle frente (Holmes y Rahe, 1967).

El afrontamiento envuelve los recursos y mecanismos biopsicosociales activados por la persona al encontrarse en un evento que le genera incomodidad y tensión (Kirchner, 2003). Sin embargo, Pearlin y Schooler (1978) plantean que para entender el funcionamiento del afrontamiento hay que distinguir entre recursos psicológicos, recursos sociales y conductas de afrontamiento.

Los recursos psicológicos son aquellas características de personalidad que funcionan como barreras para manejar el estrés, tales como la autoestima y el dominio del entorno, entendido como la percepción de control sobre las situaciones que se presentan en la vida (Pearlin y Schooler, 1978). Por su parte, Palomar, Lanzagorta y Hernández (2005) plantean que las estrategias de afrontamiento se relacionan con variables psicológicas como la motivación al logro, el locus de control interno, entre otras.

Los recursos sociales, por su parte, dan cuenta de las redes de apoyo que pueden ser soportes frente a las situaciones de la vida, tales como la familia, los amigos, los compañeros de trabajo, etc. (Pearlin y Schooler, 1978).

La tercera dimensión se refiere a las conductas de afrontamiento propiamente, representan los esfuerzos concretos para hacer frente a la vida, si bien están relacionadas con las dos dimensiones anteriormente mencionadas (Pearlin y Schooler, 1978).

Al respecto Vaillant (2000) identifica tres tipos de mecanismos de defensa que se implementan al afrontar las situaciones, los cuales son muy semejantes a la propuesta de Pearlin y Schooler. En el primer grupo de mecanismos de defensa ubica la búsqueda de apoyo social. En segundo lugar las estrategias cognitivas conscientes, que las personas utilizan intencionalmente ante las situaciones difíciles, tratando de hacer lo mejor posible. En tercer lugar, presenta los mecanismos mentales involuntarios, que distorsionan la percepción de la realidad interna y externa, lo cual reduce la angustia subjetiva. Vaillant (2000) plantea que las dos primeras clases de mecanismos, al estar bajo control voluntario y poder influir sobre lo real, son superiores al tercero. Sin embargo, los mecanismos involuntarios pueden regular la percepción de la realidad cuando esta no se puede cambiar de manera que pueden ser agentes transformadores del modo de vivirla (Vaillant, 2000). Así, cuando las soluciones cognitivas y el apoyo social están ausentes, los mecanismos mentales involuntarios permiten alcanzar la homeóstasis.

Pearlin y Schooler (1978) identifican tres tipos distintos de estrategias de afrontamiento según la naturaleza de sus funciones:

- Las respuestas que intentan cambiar la situación cuando aparece.
- Las respuestas que controlan el significado de la experiencia después de que ocurre, pero antes de la aparición del estrés.
- Las respuestas de control del estrés después de que ha surgido.

Por otra parte, Lazarus y Folkman (1984) proponen el llamado afrontamiento transaccional, que consiste en los esfuerzos cognitivo-conductuales que se ponen en marcha para manejar las demandas internas y/o externas que exceden sus recursos personales. Desde esta perspectiva, los autores distinguen dos estilos: el focalizado en la solución del problema y el focalizado en el control de la emoción (Lazarus y Folkman, 1984). Las investigaciones han encontrado que las estrategias de afrontamiento basadas en el problema se asocian a mayor bienestar físico (Viñas, Caparrós y Masegú, 1999), mientras que las centradas en el control emocional se relacionan con mayor malestar físico (Scheier y Carver, 1988).

Asimismo, Headey y Wearing (s.f.) plantean que la implementación de estrategias instrumentales como el análisis lógico de las opciones, resolución de problemas, etc., funcionan bien para episodios en los que el problema se desarrolla especialmente en el plano cognitivo (ej. dificultades financieras), mientras que las estrategias afectivas funcionan mejor para afrontar problemas emocionales. De acuerdo con estos autores, cuando los problemas son muy complejos, se deberían emplear estrategias de regulación afectivas para luego utilizar las estrategias instrumentales (Headey y Wearing, s.f.).

CARACTERÍSTICAS PARA DESARROLLAR RESILIENCIA

Después de revisar el concepto de resiliencia y sus conceptos afines cabe preguntarse ¿cómo desarrollar entonces la resiliencia, lograr, salir adelante frente a situaciones adversas, traumatismos o amenazas graves y desarrollarse armoniosa y positivamente?

Las conclusiones hoy permiten establecer que la resiliencia no es una característica absoluta, así como tampoco se adquiere para siempre. Más bien es el resultado de un proceso dinámico, con variaciones en función de la naturaleza del trauma, el contexto y la etapa de la vida en que ocurre, que además puede manifestarse de variadas formas según la cultura (Vera et al., 2006).

Entre las variables que se han estudiado relacionadas con la resiliencia se encuentran características de personalidad y del entorno como la seguridad en sí mismo, el apoyo social, el propósito en la vida, la creencia en que se puede influir en lo que sucede alrededor y aprender de las experiencias positivas y negativas de la vida. Uno de los factores que más evidencia acumula en relación con el desarrollo de la actitud resiliente en los niños es la presencia de padres o cuidadores competentes (Richters y Martínez, 1993; Masten et al., 1999; Masten, 2001; Manciaux, Vanistendael, Lecomte Cyrulnik, 2001). También se ha encontrado que las personas resilientes conciben y afrontan la vida con más optimismo y energía son personas abiertas a nuevas experiencias, con un alto nivel de emocionalidad positiva (Block y Kremen, 1996; Fredrickson y Tugade, 2003).

De acuerdo con Saavedra (2005), existen ciertas características que pueden ayudar al desarrollo de la resiliencia:

- *Factores personales*: nivel intelectual alto en el área verbal, disposición al acercamiento social, sentido del humor positivo y un equilibrio en el estado biológico.
- *Factores cognitivos y afectivos*: la empatía, una óptima autoestima, motivación de logro, sentimiento de autosuficiencia y confianza en que se resolverán los problemas.
- *Factores psicosociales*: ambiente familiar agradable, madres que apoyan a sus hijos, comunicación abierta, estructura familiar estable, buenas relaciones con los pares.

Asimismo, Palomar y Gómez (2010) mencionan que existen 12 habilidades que distinguen a una persona resiliente:

1. *Respuesta rápida al peligro*: habilidad para reconocer las situaciones que ponen al sujeto en riesgo.
2. *Madurez precoz*: capacidad de hacerse cargo de sí mismo.

3. *Desvinculación afectiva*: separar los sentimientos intensos sobre uno mismo.
4. *Búsqueda de información*: preocupación por aprender lo relacionado con el entorno.
5. *Obtención y utilización de relaciones que ayuden a subsistir*: capacidad para crear relaciones que beneficien a la persona en momentos críticos.
6. *Anticipación proyectiva positiva*: capacidad de imaginar un futuro mejor.
7. *Decisión de tomar riesgos*: asunción de la responsabilidad cuando se toman decisiones, incluso cuando esta implica algún riesgo.
8. *La convicción de ser amado*: creer que se puede ser amado por los demás.
9. *Idealización del rival*: la persona se identifica con alguna característica de su oponente.
10. *Reconstrucción cognitiva del dolor*: identificar los eventos negativos de la forma más aceptable.
11. *Altruismo*: placer de ayudar a otros.
12. *Optimismo y esperanza*: disposición de tomar positivamente lo que depara el futuro.

LA RESILIENCIA SOCIAL

Adger (2000) define la vulnerabilidad social como la exposición de grupos de personas o individuos al estrés resultado de los impactos del cambio climático. Este estrés, en el sentido social, abarca la inte-

rrupción de los medios de vida y pérdida de seguridad que tienen los grupos o los individuos y la adaptación que deben poner en marcha frente al cambio de su entorno físico. Para los grupos vulnerables, tales tensiones se encuentran relacionadas con la situación socioeconómica subyacente, la falta de ingresos y recursos, condiciones políticas como guerras, conflictos civiles y otros factores (Adger, 2000).

Actualmente, la gestión del riesgo pone énfasis en las capacidades que tienen las comunidades para afrontar la amenaza, basándose en sus posibilidades de organización y gestión comunitaria antes, durante y después de un desastre. Así, emerge con fuerza el concepto de resiliencia social, el cual se ha definido como la capacidad de los grupos o comunidades de amortiguar tensiones externas y disturbios como resultado de cambios sociales, políticos o ambientales (Adger, 2000).

La resiliencia, llevada al terreno de lo social, incrementa la capacidad de lidiar con el estrés y es, por lo tanto, un antónimo de vulnerabilidad. La resiliencia social se define a nivel de comunidad; es decir, sería un fenómeno que trasciende al individuo y, por lo tanto, se relaciona con el capital social de las sociedades y comunidades (Adger, 2000).

De acuerdo con Adger (2000), tiene dimensiones económicas, espaciales y sociales y, por lo tanto, su observación y evaluación requieren de la comprensión y el análisis interdisciplinario a diversas escalas. Adicionalmente, la resiliencia es sensible al contexto institucional de una comunidad; esto significa que toca el marco normativo que permite el funcionamiento de un grupo, comunidad o sociedad. Las instituciones se toman aquí en un sentido amplio para incluir los modos de comportamiento socializado, así como estructuras más formales de gobierno o ley.

Al involucrar el concepto de instituciones, la resiliencia social hace pensar en la existencia de características de la organización social, tales como las normas de confianza y redes (Pelling, 1998). En este sentido dos elementos deben ser considerados para pensar sociedades más resilientes al riesgo: el contexto cultural de la adaptación institucional

y las concepciones surgidas de las interacciones humano-ambientales que generan conocimiento técnico local, que, sin embargo, tienden a ser pasados por alto.

El enfoque de resiliencia social en políticas públicas, por ejemplo, permite abordar de manera integral la situación de las personas en riesgo, con sus potencialidades y recursos personales y sociales, de manera que estas se convierten en movilizadoras de cambios en su comunidad. De acuerdo con Trosper (2002), se necesitan tres características en los sistemas sociales para dotar a las comunidades de resiliencia: la capacidad de amortiguar la alteración, la capacidad de autoorganizarse y la capacidad de aprendizaje y adaptación, que coinciden con los objetivos.

Recientemente ha tomado fuerza la noción de resiliencia comunitaria, ligado a la tradición latinoamericana (Uriarte-Arciniega, 2013) que resalta el valor de la construcción de transformación social a partir de los procesos que se gestan desde las bases comunitarias. La resiliencia comunitaria se ha asociado con el afrontamiento de desastres (Cohen, Leykin, Lahad, Goldberg y Aharanson, 2013; Joerin, Shaw, Takeuchi y Krishnamurti, 2012), crisis económicas (Skerrat, 2013), cambios políticos (Wilson, 2012), cambios ambientales (Lange, Kramer y Faber, 2013) y en general eventos que amenazan las comunidades. La resiliencia comunitaria “se relaciona con la existencia, el desarrollo y el compromiso de los recursos comunitarios para responder a los desafíos de un ambiente caracterizado por el cambio, la incertidumbre, la impredecibilidad y la sorpresa” (Ruiz-Pérez, 2015, p. 121). Así, se podría definir como la capacidad de la comunidad para detectar y prevenir adversidades, absorber una adversidad impactante y recuperarse tras un daño (Uriarte-Arciniega, 2013).

Entre sus pilares, es decir, características de las comunidades resilientes, se destacan los siguientes (Uriarte-Arciniega, 2013): estructura social cohesionada, honestidad gubernamental, identidad cultural, autoestima colectiva y humor social. Por el contrario, entre los antipilares de la resiliencia comunitaria se encuentran: la pobreza, particu-

larmente en sus expresiones cultural, moral y política; la dependencia económica; el aislamiento social y emocional; y la estigmatización de las víctimas. Todas estas dificultan la superación de las adversidades e incrementan la vulnerabilidad de las comunidades ante las distintas amenazas que puedan enfrentar.

MODELO TEÓRICO DE LA RESILIENCIA

La línea de partida para la presente investigación es el modelo analítico comprensivo de la resiliencia, planteado por Amar, Abello, Evans y Kotliarenko (2004), desarrollado con niños víctimas activas y pasivas de violencia intrafamiliar, a partir de una investigación cualitativa basada en la metodología de la teoría fundada. El estudio permitió definir categorialmente los factores de la resiliencia, como sigue:

- *Autovaloración*: se entiende como la percepción positiva o negativa que se tiene de sí mismo; hace referencia a la percepción que se tiene en relación con la valía propia, las habilidades y logros, la felicidad, el sentimiento de importancia, las demostraciones de afecto (recibir y dar), el respeto, la inteligencia, la confianza de otros y las respuestas a las buenas acciones. Subcategorías como felicidad, importancia, afecto, respeto, aceptación de otros, inteligencia, confianza otorgada por los otros y respuestas que se reciben frente a las buenas acciones.
- *Autorregulación*: manera como se aceptan las responsabilidades y se obedecen las normas. Subcategorías como acciones inadecuadas, enojo, maltrato, realización de tareas, temores, culpa frente a los problemas, fortaleza.
- *Competencias*: estimación de las capacidades y la efectividad con que puede interactuar con los demás y con el mundo. Subcategorías como: reacciones ante los problemas, solución de problemas, toma de decisiones, personas a las que se les solicita ayuda, independencia en la realización de tareas, ideas personales, cuidado de pertenencias.

- *Habilidades Sociales*: actitudes en el plano interpersonal, sentimientos, deseos, actitudes. Subcategorías como relaciones de amistad, amabilidad, vergüenza ante las situaciones, percepción de emociones de los demás, personas que brindan educación y confianza, personas que brindan afecto.

Es importante destacar que la resiliencia se sustenta en la interacción entre la persona y el entorno, de manera que ni procede exclusivamente del entorno ni es algo puramente innato. Este proceso continuo en que se desarrollan persona y entorno hace que la resiliencia nunca sea absoluta ni terminantemente estable (Munist et al., 1998). Por esta razón, es necesario complementar el enfoque de resiliencia con el de riesgo, con el fin de fomentar un desarrollo sano; promover aquellas características saludables en las comunidades más vulnerables es necesario para disminuir los aspectos que les impidan alcanzar el máximo de potencial de su desarrollo (Munist et al., 1998).

Siendo así, el modelo de resiliencia/riesgo debe traducirse en políticas sociales, de manera que si consideramos que una de las tareas pendientes de los países de nuestro continente es el enfrentamiento y la superación de la pobreza, debemos dirigir nuestros esfuerzos hacia la comprensión de los mecanismos que actúan a nivel individual, familiar y comunitario y que pueden traducirse, a través del desarrollo y la aplicación de programas de acción y educación, en el reconocimiento y reforzamiento de las fortalezas que surgen más allá de la vulnerabilidad (Munist et al., 1998).

La resiliencia propone un nuevo paradigma de desarrollo, argumentando que no todas las personas que crecen en condiciones de adversidad, pobreza y desigualdad social están condenadas al fracaso, a la delincuencia o a la locura; de manera contraria, este concepto hace énfasis en el potencial humano y hace un llamado a la esperanza y a la responsabilidad colectiva en la promoción de cambio social (López, 2010).

Al estar en contra de los determinismos, enfatizar en el potencial humano y en los recursos contruidos en las relaciones fundadas sobre compromisos afectivos, la resiliencia permite una nueva epistemología del desarrollo humano, que atiende a las particularidades del contexto y hace un llamado a la responsabilidad multidisciplinaria de promoción de la calidad de vida (López, 2010).

LA PREVENCIÓN DEL RIESGO Y LA PROMOCIÓN DE LA RESILIENCIA EN EL MARCO DE LAS TENDENCIAS COMUNICATIVAS DEL SIGLO XXI

El ideal utópico de la modernidad es alcanzar la homogeneización de la sociedad gracias al ejercicio de la razón, y el mejoramiento de la vida humana gracias al progreso de la ciencia y la técnica. Las sociedades del siglo XXI se caracterizan por un énfasis en subordinar a la técnica los intereses de la ciencia, de la sociedad y hasta de la política. Es claro que los avances tecnológicos en la actualidad son abrumadoramente más numerosos que los avances en la ciencia y en nuestra capacidad como sociedad para asimilarlos. Esto hace un llamado a la aplicación en los distintos campos de la vida social de las nuevas tecnologías que comprenden una serie de aplicaciones de descubrimiento científico, centradas en una capacidad cada vez mayor de tratamiento de la información.

De acuerdo con Gibbons et al. (1997), el conocimiento se genera en una dinámica de crecimiento heterogéneo que consiste en un proceso de diferenciación y difusión en el que se reacondicionan los elementos del proceso o el conjunto de sus actividades. Este crecimiento se encuentra en una estructura conceptual llamada modelo de densidad creciente de la información, originado por la comunicación entre ciencia y sociedad, la comunicación entre practicantes científicos y la relación entre el mundo físico y social (Gibbons et al., 1997). Esto facilita el fortalecimiento de la responsabilidad y reflexividad social, en la medida en que se genera cada vez más interés público por los desarrollos científicos, sociales y políticos que los afectan. Las per-

sonas se vuelven más críticas, controlan más los procesos de los que participan, de manera que los profesionales se sienten cada vez más presionados a la calidad en los servicios y productos que ofrecen.

En este marco, las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) resultan fundamentales. Los avances tecnológicos actuales y su inserción a la vida cotidiana hacen un llamado a la aplicación en la educación, en la salud, en los negocios, etc., de las TIC entendidas como el conjunto de herramientas, soportes y canales que permiten el tratamiento y acceso a la información (González, 1998), los cuales comprenden una serie de aplicaciones de descubrimiento científico, centradas en una capacidad cada vez mayor de tratamiento de la información.


Las TIC generan procesos de interacción con el sujeto que llevan de una actitud pasiva hacia a una actividad constante, que se conduce hacia acciones de búsqueda y cambios constantes de información y procedimientos. Las estrategias basadas en las TIC incrementan la apropiación del conocimiento por parte de las personas, estimulan su iniciativa y el ejercicio de la toma de decisiones.

Adicionalmente, Gallo (2005) afirma que los cambios culturales de la dinámica actual han creado un nuevo contexto, en donde los individuos han tenido que enfrentarse a nuevas maneras de vincularse. En este sentido, Santa María (2006) destaca que sin duda alguna los medios de comunicación han dejado de ser una mera revolución técnica para convertirse en uno de los instrumentos más influyentes de nuestras sociedades, introduciendo en los hogares una multitud de imágenes, ideas, valores y “amistades”. Así, el teléfono móvil, la Internet, los videojuegos y la televisión constituyen herramientas tecnológicas de uso masivo que tienden a generar efectos sobre las formas de convivencia familiar.

Cabe recordar que la Unesco (2004) ha exaltado las potencialidades de los sistemas de alerta temprana basados en las TIC en la mitigación y preparación de las poblaciones frente a situaciones de riesgo, espe-

cialmente frente a la amenaza de desastres naturales. La posibilidad de que las personas se enteren hoy de las situaciones que los pueden afectar es mucho mayor que en el pasado. Además la velocidad con que esto ocurre es prácticamente en tiempo real, lo que abre las posibilidades de acción en materias de políticas de promoción y prevención en diversos ámbitos.

La estrategia que se implementó en el proyecto buscó aprovechar los mismos beneficios de cobertura y facilidad de acceso a los servicios que ofrecen los sistemas de comunicación actuales, ubicándolos en un marco mucho más amplio que el de los Sistemas de Alerta Temprana en el caso de la prevención de desastres naturales, al promover actitudes resilientes que puedan ser potencializadas a través de las nuevas tecnologías y las técnicas tradicionales de intervención comunitaria.



CAPÍTULO 4
**RESILIENCIA PARA
LA GESTIÓN DEL RIESGO:
FLORECE MI COMUNIDAD**

ESTRATEGIA DE INTERVENCIÓN: FLORECE MI COMUNIDAD

La alianza entre la Universidad del Norte y el Instituto de Estudios del Ministerio Público (IEMP) inició en 2013 con el objetivo de validar un modelo de atención para el desarrollo de actitudes resilientes en familias afectadas por la ola invernal de 2010-2011 en el sur del departamento del Atlántico (Colombia).

La estrategia de implementación parte de los antecedentes sobre las características de la estructura psicosocial post-desastre y se fundamenta en el modelo de atención para el desarrollo de actitudes resilientes desde las dimensiones de autovaloración, autorregulación, competencias y habilidades sociales, que se inscriben en un mapa de relaciones del individuo con el entorno, articulado en niveles de interacción donde la familia, desde el nivel microsistémico, es la base de la organización social.

METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

Se llevó a cabo una investigación cuantitativa, explicativa, de diseño cuasiexperimental, con medición pre- y postratamiento en cuatro

grupos experimentales. Los grupos, conformados voluntariamente, participaron de actividades diferenciadas, con el fin de determinar la estrategia de mayor eficacia para la promoción de actitudes resilientes:

Grupo 1: visitas domiciliarias

Grupo 2: talleres vivenciales

Grupo 3: visitas, talleres y mensajes de texto a celular con seguimiento telefónico

Grupo 4: mensajes de texto diario

En total participaron 100 familias del corregimiento de Bohórquez, y se impactó aproximadamente a 500 personas. Cada grupo estuvo conformado por 25 participantes, representados en la mayoría de los casos por mujeres.

TÉCNICAS E INSTRUMENTOS

En esta investigación se combinaron técnicas cuantitativas y cualitativas para enriquecer el análisis de los datos: entrevistas, encuestas, observación y grupos focales. Parte de la evaluación del modelo que se pretende implementar se basará en el reporte que los mismos beneficiarios del proyecto realicen, de manera que la evaluación de impacto se basa en una evaluación participativa, en la que no solo se mide la efectividad a partir de los cambios señalados en el instrumento cuantitativo (medición pre y post), sino que los participantes tendrán la oportunidad de expresar su percepción sobre el proyecto.

La escala Factores Personales de Resiliencia [FPR-1] (Amar, Utria, Martínez y Crespo, 2014) fue diseñada para determinar el nivel de desarrollo de los factores asociados a la actitud resiliente, especialmente en poblaciones vulnerables como las personas en situación de desplazamiento climático o damnificados por desastres naturales, con el fin de tener un espectro más amplio sobre su salud mental e identificar elementos potencializadores de acciones de autogestión y sociogestión en estas comunidades que podrían tenerse en cuenta al momento de desarrollar procesos de intervención psicosocial.

La escala tiene un diseño tipo Lickert. Consta de tres opciones de respuesta: “en desacuerdo” (puntaje 1), “ni de acuerdo ni en desacuerdo” (puntaje 2), “de acuerdo” (puntaje 3). Los puntajes entre 1 y 1,5 se consideran un nivel bajo; entre 1,6 y 2, medio-bajo; entre 2,1 y 2,5, medio-alto; entre 2,6 y 3 señalan un nivel alto para la resiliencia global o para la dimensión específica.

Inicialmente se hizo una construcción de 66 ítems, a la que se le aplicó un proceso de validación de contenido por expertos en medición y evaluación, así como por expertos en el tema de la resiliencia. Su análisis permitió decantar la escala hasta quedar conformada por un total de 33 ítems como sigue: 5 para autovaloración, 7 para la autorregulación, 11 para competencias personales y 10 para habilidades sociales. Se plantearon ítems inversos con el fin de evitar la aquiescencia al momento de responder la prueba.

El coeficiente α de Cronbach de la escala FPR-1 presentó una confiabilidad de 0,77 para sus 33 elementos, lo que señala una muy buena consistencia interna.

Mediante un análisis factorial basado en componentes principales se buscó probar si la información de las respuestas respondía a las cuatro categorías del modelo teórico inicial. Sin embargo, el análisis inicial de reducción de variables con componentes principales reveló que existen 13 factores latentes, que completan más del 80 % de la información sobre la varianza, de manera que los ítems no están concentrados en torno de los primeros factores. Las correlaciones en los primeros factores resultaron pequeñas, y aparecen diversas variables explicativas en los primeros de ellos. Desde el sexto factor ya no fue posible identificar con claridad cuál ítem se asocia con fuerza a cuál factor. Para corregir este problema se aplicó la solución rotada con el criterio Varimax. Con ello se obtuvo valores que presentan mayor fuerza de asociación respecto de las variables iniciales. Esto permitió encontrar la agrupación de ítems como sigue:

RESILIENCIA EN VÍCTIMAS DE LA OLA INVERNAL EN EL SUR DEL ATLÁNTICO

FACTORES	ÍTEM	NÚMERO
VÍNCULO FAMILIAR	Mantengo una buena relación con mi familia	25
	Disfruto pasar tiempo con mi familia	32
	Puedo expresar cariño a mis familiares	31
AUTODETERMINACIÓN CON GESTIÓN SOCIAL	Puedo resolver mis problemas personales	23
	Busco ayuda cuando la necesito	16
	No dependo mucho de otras personas para tomar mis decisiones	14
	Logro hacer amigos que me apoyen cuando tengo problemas	26
AUTOVALORACIÓN CON ORIENTACIÓN SOCIAL	Puedo apoyar a otros que tienen problemas	17
	Soy una persona que se quiere a sí misma	1
	Soy capaz de ayudar a otras personas	28
AFRONTAMIENTO ADAPTATIVO	Enfrentar situaciones difíciles me ayuda a afrontar mejor la vida	20
	Soy optimista respecto del futuro	7
	No me cuesta adaptarme a las situaciones nuevas	9
ASERTIVIDAD Y REGULACIÓN EMOCIONAL	Soy capaz de dar mi opinión en situaciones difíciles	15
	Puedo hablar sobre las cosas que me asustan o me inquietan	21
	Puedo hablar de mis emociones con otros	29
	Es fácil controlarme cuando me enojo	10
AUTOPLANIFICACIÓN	Planifico y organizo mis actividades	13
	Sé muy bien lo que quiero para mi vida	19
	Cumplo los planes que me propongo	11

Continúa...

FACTORES	ÍTEM	NÚMERO
PERCEPCIÓN DE AUTO-EFICACIA	Tengo el control de mi vida	6
	Sé cuáles son mis habilidades	5
	Me siento satisfecho con la vida que llevo	3
	Soy responsable con las decisiones que tomo	8
	He tenido logros en mi vida	4
APERTURA SOCIAL	Soy capaz de hacer nuevas amistades	24
	Confío en otras personas	33
	Puedo comenzar una conversación	22
	Puedo comunicarme bien con otras personas	18
	Es fácil para mí hacer reír a otras personas	27
	Disfruto de estar con otras personas	30
SEGUIMIENTO DE NORMAS	Soy un modelo positivo para otros	2
	No me cuesta trabajo seguir las normas de mi comunidad	12

- *Vinculación familiar*: da cuenta de la capacidad de los participantes para llevar las relaciones en la familia, de manera que quienes mantienen una buena relación son quienes realizan demostraciones de afecto.
- *Autodeterminación con gestión social*: señala la percepción de la persona sobre su capacidad o, por el contrario, dependencia de otros, para la toma de decisiones.
- *Autovaloración con orientación social*: muestra un grupo de variables que se asocia con la valía propia en el marco de la relación con el otro, de manera que en las personas resilientes, la propia valoración conduciría a una apertura hacia los demás y una disposición hacia el altruismo.

- *Afrontamiento adaptativo*: aparecen las capacidades para enfrentar tanto los problemas de la vida como para desenvolverse ante situaciones específicas que demandan de la disposición de carácter y voluntad.
- *Asertividad y regulación emocional*: señala la capacidad de la persona de expresar sus pensamientos y emociones sin cohibirse ante los demás, pero manteniendo una actitud respetuosa mientras hace valer su posición.
- *Autoplanificación*: expresa la capacidad para organizarse y comprometerse con las decisiones tomadas en materia de consecución de metas vitales.
- *Percepción de autoeficacia*: muestra una relación entre la autopercepción y los logros alcanzados que lo ubican en una posición de referencia para los demás. Se resalta el hecho de que en este factor se encuentra que la no satisfacción con la vida correlaciona positivamente, lo que lleva a pensar que la resiliencia en las mujeres desplazadas implica la no aceptación resignada de sus circunstancias.
- *Apertura social*: muestra la disposición de la persona para hacer amigos.
- *Seguimiento de normas*: en el cual da cuenta de la capacidad de la persona resiliente para seguir planes, así como seguir normas sociales de la comunidad.

PROCEDIMIENTO

El desarrollo de la investigación siguió las siguientes fases:

1. Elaboración de una línea de base para la identificación de actitudes resilientes en familias damnificadas por la ola invernal en zonas rurales del departamento del Atlántico.

2. Construcción del modelo de promoción de la resiliencia de acuerdo con el modelo de Amar, Abello, Evans y Kotliarenco (2004) desde la perspectiva ecológica del desarrollo humano.
3. Implementación del modelo de promoción de la resiliencia con los participantes de acuerdo con la asignación correspondiente en su grupo experimental.
4. Validación del modelo de promoción de la resiliencia en familias víctimas de la ola invernal, basado en el enfoque ecológico del desarrollo humano, en zonas rurales del departamento del Atlántico.

IMPLEMENTACIÓN DEL MODELO

El modelo de atención “Florece mi comunidad” se desarrolló durante 18 meses. Entre sus objetivos de intervención se encuentran los siguientes:

- Promover el desarrollo de actitudes resilientes desde la Autorregulación, las Competencias Personales, la Autovaloración y las Habilidades Sociales.
- Fortalecer el tejido social y redes sociales de apoyo en la comunidad a partir de un proceso de Educación Comunitaria.
- Favorecer el conocimiento de las amenazas del entorno, así como la conservación ambiental desde una perspectiva de Gestión del Riesgo.

El modelo implementado se basó en el desarrollo de talleres comunitarios, visitas domiciliarias y un sistema de mensajes de texto operado a través de una plataforma informática, donde además se hacía el registro telefónico de la evaluación semanal de los mensajes por parte de la comunidad participante.

LAS VISITAS DOMICILIARIAS

La visita domiciliaria es una estrategia que permite intervenir desde el contexto de vida de las personas. Es una de las actividades más desarrolladas en intervención psicosocial con comunidades vulnerables. La observación del contexto de las relaciones interpersonales de la familia y sus interacciones con la comunidad son aspectos que cobran relevancia. Cuando la familia es visitada en su hogar, ve expuesta su intimidad, razón por la cual es importante el consentimiento informado, así como el establecimiento de mutuo acuerdo sobre la fecha y hora de la visita, confirmación antes de la visita y claridad en los objetivos que se persiguen.

En el proyecto las visitas fueron realizadas por psicólogos que en cada sesión sostenían un diálogo con la persona directamente vinculada al proyecto. La estrategia de la visita que se desarrolló no sigue un protocolo terapéutico, sino que constituye un espacio de reflexión, en relación con el desarrollo de los factores personales de resiliencia. Sin embargo, en algunas ocasiones, especialmente al inicio de la intervención, el equipo de psicólogos tuvo que realizar intervención en crisis con algunos participantes.

Durante la visita las personas expusieron las situaciones que se le presentaban en su cotidianidad y las analizan en función del tema de reflexión planteado. Para esto, el equipo desarrolló un material pedagógico que era llevado por el equipo del proyecto a terreno y socializado en cada sesión con la familia. La experiencia compartida permitió la construcción de una cartilla que se entregó a todos los participantes como un elemento simbólico de la superación de la adversidad, de manera que puedan repetir las actividades cuantas veces los deseen con su familia.

TEMAS Y ESTRATEGIAS DE VISITAS DOMICILIARIAS	
Temas	Objetivo
Yo soy porque me valoro	Facilitar la reflexión personal de la propia autovaloración, como principio de cualquier proceso de restauración personal y social en las comunidades, después de las pérdidas y la transformación de la vida experimentadas con el desastre.
Yo soy mis capacidades	Generar el reconocimiento de las propias capacidades, las cuales son fundamentales tanto para el desarrollo y metas de la persona como para su integración social e incluso el afrontamiento de situaciones difíciles como pueden ser los desastres.
Yo soy dueño de mí mismo	Brindar herramientas que aporten al autocontrol y manejo del estrés en medio de situaciones difíciles, con el fin de disminuir el desarrollo de conflictos producto de la intolerancia.
Yo soy en relación con los demás	Aportar a la reconstrucción del tejido social y las relaciones interpersonales como forma de contrarrestar el impacto que el desastre ocasiona sobre la dinámica social de las comunidades.

LOS TALLERES COMUNITARIOS

La metodología empleada en los talleres configura un escenario de relaciones de cooperación, trabajo en equipo e intercambio, que ubican a la persona en condición de reconocerse a sí misma y a los demás como sujetos sociales, históricos y políticos. Esto tiene como consecuencia la construcción de redes y relaciones que confluyen en interpretaciones de la vida, de las acciones, los momentos y las circunstancias cotidianas. Las sesiones se basan en una pedagogía vivencial orientada por un equipo de psicólogos.

El taller vivencial parte de la experiencia de los participantes desde su cotidiano vivir, en los diferentes espacios de interacción donde se desenvuelven. Pretende que cada participante se reconozca como actor principal de su vida, razón por la cual cobra sentido la vivencia y

la exploración de sus saberes, sus visiones y sus sueños. En los talleres vivenciales los componentes lúdicos y experiencial son transversales, de manera que se conjuga lo simbólico, lo relacional, el juego con sentido y la expresión. Cada taller se desarrolló acorde a la siguiente estructura:

- *Ruptura de hielo y calentamiento.* Uno de los profesionales en terreno dirige ejercicios de movimiento articular, estiramiento y respiración que disponen física y mentalmente a las personas para la actividad.
- *Reflexión dirigida.* Los profesionales plantean un tema de reflexión sobre situaciones de la vida cotidiana apoyándose en material visual, lecturas y/o audio. Las situaciones planteadas son abordadas desde el planteamiento teórico de los factores personales de resiliencia y el desarrollo comunitario.
- *Participación.* La comunidad hace la reflexión en grupos, se prepara para expresar sus conclusiones y las presenta de manera creativa a la asamblea.
- *Cierre.* Los profesionales hacen una integración de las conclusiones. Se establecen las tareas para realizar hasta el siguiente encuentro.

Los contenidos de los talleres se enfocaron especialmente en el desarrollo de los factores personales de resiliencia, con una proyección social para el desarrollo comunitario, como se expresa en la siguiente tabla:

TEMAS Y OBJETIVOS DE LOS TALLERES VIVENCIALES	
Temas	Objetivos
Autovaloración	Facilitar la reflexión personal de la propia autovaloración, como principio de cualquier proceso de restauración personal y social en las comunidades, después de las pérdidas y la transformación de la vida experimentadas con el desastre.
Competencias personales	Generar el reconocimiento de las propias capacidades, las cuales son fundamentales tanto para el desarrollo y metas de la persona como para su integración social e incluso el afrontamiento de situaciones difíciles como pueden ser los desastres.
Autorregulación	Brindar herramientas que aporten al autocontrol y manejo del estrés en medio de situaciones difíciles, con el fin de disminuir el desarrollo de conflictos producto de la intolerancia.
Habilidades sociales	Aportar a la reconstrucción del tejido social y las relaciones interpersonales, como forma de contrarrestar el impacto que el desastre ocasiona sobre la dinámica social de las comunidades.
Movimiento social comunitario	Dinamizar las redes de reciprocidad, cooperación y compromiso que les permita generar procesos progresivos enfocados a la mejora de su calidad de vida.
Organización comunitaria	Facilitar el ordenamiento de las relaciones sociales de las comunidades en las nuevas condiciones de vida en la comunidad.
Integración social	Promover el logro del consenso, la conciliación y concertación entre los diferentes actores de la comunidad.
Sociogestión comunitaria	Fortalecer la dinámica de relaciones de la comunidad para que sea activa en el logro de sus objetivos, en la satisfacción de sus necesidades y en la materialización de sus intereses fundamentales.
Educación comunitaria	Generar un proceso re-creación de costumbres, nuevos significados y herramientas que les permitan transformar lo que los rodea.
Gestión del riesgo para la identificación de desastres y promoción del cuidado ambiental	Promover la gestión social conforme a la Ley 1523, en la que se entiende como un proceso social orientado a la formulación, ejecución, seguimiento y evaluación de políticas, estrategias, planes, programas, regulaciones, instrumentos, medidas y acciones permanentes para el conocimiento y la reducción del riesgo y para el manejo de desastres, con el propósito explícito de contribuir a la seguridad, el bienestar, la calidad de vida de las personas y al desarrollo sostenible.

Continúa...

TEMAS Y OBJETIVOS DE LOS TALLERES VIVENCIALES	
Temas	Objetivos
Gestión ambiental y comportamientos proambientales	Analizar la conducta pro ambiental como una forma de intervenir en problemas específicos del entorno y modificar patrones de conducta inadecuados para el medio ambiente.
Reutilización del recurso agua	Brindar información en cuanto al uso responsable del agua, con objeto de aminorar los riesgos que puede producir el desabastecimiento de este recurso natural en el municipio.
Implicaciones de riesgo en basuras	Fomentar una reflexión sobre el manejo de los residuos sólidos e informar sobre los riesgos que trae su equivocada manipulación con el fin de promover una cultura de salud, higiene y cuidado ambiental.

MENSAJES DE TEXTO COMO COMPLEMENTO A LA INTERVENCIÓN PSICOSOCIAL

En el modelo de intervención se consideró combinar estrategias tradicionales de intervención psicosocial (talleres y visitas) con los aportes que pueden brindar las TIC, dada su mayor inserción en la vida cotidiana de las personas.

La estrategia de mensajes de texto implementada en el modelo de atención opera mediante un *software* desarrollado por el equipo de investigación. La plataforma se diseñó en el lenguaje de programación (PHP) y se encuentra alojada en un servidor en la nube. El sistema hacía el envío de mensajes de texto a los celulares de las familias participantes tres veces por semana. El contenido de los mensajes se desarrolló con base en la fundamentación teórica y se sometió a un proceso de evaluación de psicólogos expertos en el tema. Así, el modelo hizo uso de las TIC como herramienta de apoyo para el desarrollo de actitudes resilientes frente al cambio climático.

ESTRATEGIAS DE EVALUACIÓN Y SEGUIMIENTO

La implementación del proyecto de intervención realizó un proceso de seguimiento y evaluación a partir de las siguientes estrategias.

MEDICIÓN PRUEBA-POSPRUEBA

El cambio en las actitudes resilientes se analizó con un diseño de investigación prueba-posprueba, a través de la escala Factores Personales de Resiliencia (FPR-1), la cual permite evaluar el estado inicial de la comunidad intervenida y su estado al cierre del proceso de intervención.

ADMINISTRACIÓN DE LA INFORMACIÓN EN PLATAFORMA WEB

La información de cada uno de los participantes: datos demográficos, sus respuestas a la escala FPR-1, el grupo de trabajo del que participa en el proyecto y el reporte de mensajes que recibió con fecha y hora de envío, fue administrada en la plataforma Web cuyo acceso está limitado a los investigadores del proyecto según perfiles de usuario.

SEGUIMIENTO TELEFÓNICO

Semanalmente se realizaron llamadas telefónicas a las personas participantes de la recepción de mensajes de texto. La plataforma informática cuenta con una pestaña para hacer el registro del seguimiento telefónico de las personas y la evaluación del proceso de los beneficiarios en lo referente a la recepción y percepción de aporte que tienen de los mensajes recibidos. Esto además favoreció un acercamiento permanente con la comunidad. Las personas respondieron a las siguientes preguntas: ¿Le gustan los mensajes que ha recibido? ¿Los ha compartido con su familia o vecinos? ¿Ha aprendido algo de los mensajes? Y a su vez se llenaba la casilla de observaciones que brindaba la plataforma según las respuestas brindada por cada participante del grupo.

ASAMBLEA COMUNITARIA

Al cierre de las actividades en terreno se realizó una asamblea comunitaria en la que se convocó a las personas que se beneficiaron del proyecto y se evaluó su percepción de aportes y dificultades vividas en el proceso de intervención.

CAPÍTULO 5 RESULTADOS

CONTRASTE DE RESULTADOS PRETEST Y POSTEST SEGÚN EL GRUPO DE TRABAJO

Una vez finalizado el proceso de intervención se llevó a cabo el contraste de los resultados pretest y posttest de la Escala Factores Personales de Resiliencia (FPR-1) utilizando una prueba *t* para muestras relacionadas (tabla 2).

Tabla 2. Comparativo pretest-posttest para la resiliencia global y sus factores en el grupo de participantes

Variable		Media	N	SD	t	sig
Resiliencia Global	Pretest	2,5003	74	,24851	-4,791	,000
	Posttest	2,6461	74	,16406		
Seguimiento de normas	Pretest	2,4324	74	,50561	,463	,645
	Posttest	2,3919	74	,58679		
Apertura Social	Pretest	2,7362	74	,25756	,855	,395
	Posttest	2,7051	74	,24597		
Percepción de auto-eficacia	Pretest	2,4243	74	,35800	-4,685	,000
	Posttest	2,6919	74	,32970		

Continúa...

Variable		Media	N	SD	t	sig
Autoplanificación	Pretest	2,6076	74	,41450	-3,245	,002
	Postest	2,8062	74	,33139		
Asertividad y control emocional	Pretest	2,4155	74	,44236	,271	,787
	Postest	2,3986	74	,36993		
Afrontamiento adaptativo	Pretest	2,2212	74	,60447	-2,000	,049
	Postest	2,4001	74	,51984		
Autovaloración con orientación social	Pretest	2,9638	74	,15254	,385	,702
	Postest	2,9549	74	,15974		
Autodeterminación gestión social	Pretest	2,1520	74	,73886	-3,532	,001
	Postest	2,5270	74	,50268		
Vínculo familiar	Pretest	2,5489	74	,53648	-3,518	,001
	Postest	2,7834	74	,39994		

La medida para la *resiliencia global* para la muestra total de participantes en la primera medición señalaba un nivel de desarrollo de factores personales de resiliencia medio-alto en los participantes. La medida para la *resiliencia global* del total de participantes en la segunda medición señaló el paso a un nivel de desarrollo alto. La prueba *t* señala que las diferencias entre las medias para la resiliencia global fueron significativas a un nivel de confianza del 95 %, y los resultados muestran un aumento en el nivel de resiliencia luego de haber sido expuestos los participantes al modelo de intervención.

Las dimensiones en las que se encontraron diferencias significativas respecto al pretest fueron: *percepción de autoeficacia*, *autoplanificación*, *afrontamiento adaptativo* *autodeterminación con gestión social* y *vínculo familiar*. En términos generales, la medición inicial permite afirmar que las personas participantes presentaban un desarrollo significativo de los factores personales de resiliencia, pero estos factores mejoraron tras la intervención.

RESULTADOS

Con el fin de determinar cómo incidieron las técnicas de intervención en cada uno de los factores personales de resiliencia se hizo un análisis comparativo de la resiliencia global y sus factores en el pretest y posttest respondido por las personas conforme al grupo de intervención que habían escogido. Se utilizó la prueba t de Student para identificar los cambios Pretest- Posttest.

GRUPO DE TRABAJO 1. VISITAS DOMICILIARIAS

La prueba t para el pretest y posttest del grupo que solo recibió visitas no señala diferencias significativas para las medias de la *resiliencia global* ni para sus factores (tabla 3).

Tabla 3. Comparación resiliencia y FPR del Grupo 1 en la medición Pretest- Posttest

Variable		Media	N	SD	t	sig
Resiliencia Global	Pretest	2,5375	16	,29183	-,293	,774
	Posttest	2,5563	16	,15903		
Seguimiento de normas	Pretest	2,5000	16	,48305	1,031	,319
	Posttest	2,3125	16	,62915		
Apertura Social	Pretest	2,7494	16	,25886	1,631	,124
	Posttest	2,6013	16	,27114		
Percepción de auto-eficacia	Pretest	2,6125	16	,27779	,122	,904
	Posttest	2,6000	16	,35024		
Autoplanificación	Pretest	2,7081	16	,43676	,000	1,000
	Posttest	2,7081	16	,40160		
Asertividad y control emocional	Pretest	2,5625	16	,37081	1,676	,115
	Posttest	2,3594	16	,40793		
Afrontamiento adaptativo	Pretest	2,2506	16	,57591	-,740	,470
	Posttest	2,3756	16	,58095		

Continúa...

Variable		Media	N	SD	t	sig
Autovaloración con orientación social	Pretest	2,9581	16	,16750	1,376	,189
	Postest	2,8956	16	,23557		
Autodeterminación gestión social	Pretest	2,0000	16	,71297	-1,742	,102
	Postest	2,3750	16	,55528		
Vínculo familiar	Pretest	2,3744	16	,56920	-1,753	,100
	Postest	2,6663	16	,59629		

Ahora bien, se encuentra en general una tendencia positiva, con algo de mejoría en la *resiliencia global* y las dimensiones de afrontamiento adaptativo, autodeterminación gestión social y vínculo familiar. Sin embargo, se encontró una disminución de los puntajes obtenidos en las dimensiones de seguimiento de normas, apertura social, percepción de autoeficacia, asertividad y control emocional y autovaloración con orientación social.

Esto podría señalar que esta técnica de intervención parece ayudar al desarrollo de factores de resiliencia enmarcados especialmente en la vida privada, pero no ayuda mucho a dar el paso a la participación comunitaria, lo cual sería coherente con la experiencia propia de la dinámica de la visita domiciliaria.

GRUPO DE TRABAJO 2. TALLERES

La prueba *t* para el pretest y postest del grupo que solo recibió talleres señala diferencias significativas para las medias de la *resiliencia global* y para los factores de *percepción de autoeficacia*, *autoplanificación*, *autodeterminación con gestión social* y *vínculo familiar* (tabla 4).

RESULTADOS

Tabla 4. Comparación resiliencia y FPR del Grupo 2 en la medición Pretest- Posttest

Variable		Media	N	SD	t	sig
Resiliencia Global	Pretest	2,4055	22	,25088	-4,159	,000
	Posttest	2,6868	22	,14901		
Seguimiento de normas	Pretest	2,2727	22	,50538	,134	,894
	Posttest	2,2500	22	,48181		
Apertura Social	Pretest	2,7418	22	,28538	-4,495	,626
	Posttest	2,7745	22	,14867		
Percepción de auto-eficacia	Pretest	2,2727	22	,37312	-4,228	,000
	Posttest	2,7818	22	,31417		
Autoplanificación	Pretest	2,4386	22	,44081	-4,828	,000
	Posttest	2,9086	22	,23534		
Asertividad y control emocional	Pretest	2,4318	22	,47045	,326	,747
	Posttest	2,3977	22	,40576		
Afrontamiento adaptativo	Pretest	2,2282	22	,75134	-4,425	,675
	Posttest	2,3182	22	,54761		
Autovaloración con orientación social	Pretest	2,9695	22	,14284	,000	1,000
	Posttest	2,9695	22	,14284		
Autodeterminación gestión social	Pretest	1,9886	22	,93375	-2,416	,025
	Posttest	2,5909	22	,49729		
Vínculo familiar	Pretest	2,4391	22	,58503	-3,475	,002
	Posttest	2,8791	22	,31728		

En este grupo se observa una mejora mucho más marcada en la percepción de sí mismo como alguien capaz de enfrentar las situaciones, organizar las ideas y llevarlas a la acción, lo cual podría facilitar el trabajo comunitario y las acciones colectivas, lo cual correspondería con la pedagogía del taller como escenario de encuentro y participa-

ción social. Sin embargo, se encontró una disminución, aunque no tuvo significancia estadística, en las dimensiones de seguimiento de normas y asertividad y control emocional. Se ha encontrado en la comunidad una gran sensación de abandono institucional y desconfianza en las instituciones, con algunos brotes de violencia.¹ Si bien se ha ganado terreno en la cohesión social y sentido de comunidad, es importante continuar el trabajo de fortalecimiento de la utilización de las vías legítimas de participación ciudadana.

GRUPO DE TRABAJO 3. VISITAS, TALLERES Y MENSAJES DE TEXTO

El grupo que participó de las tres estrategias visitas, talleres y mensajes mostró cambios significativos en la *resiliencia global* y en los factores de *asertividad y control emocional y afrontamiento adaptativo* (tabla 5).

Tabla 5. Comparación resiliencia y FPR del Grupo 3 en la medición Pretest- Postest

Variable		Media	N	SD	t	sig
Resiliencia Global	Pretest	2,4882	17	,23686	-4,036	,001
	Postest	2,6471	17	,18068		
Seguimiento de normas	Pretest	2,4118	17	,53722	-1,198	,248
	Postest	2,6176	17	,51628		
Apertura Social	Pretest	2,6959	17	,27790	-1,573	,135
	Postest	2,8035	17	,28425		
Percepción de auto-eficacia	Pretest	2,4235	17	,29054	-1,951	,069
	Postest	2,5882	17	,34257		
Autoplanificación	Pretest	2,6271	17	,38927	-,313	,758
	Postest	2,6671	17	,40825		

Continúa...

¹ Para mayor información consultar las notas de prensa sobre protestas asociadas a la falta de fluido eléctrico en el corregimiento: <http://www.elheraldo.co/local/un-muerto-y-dos-heridos-deja-protesta-en-bohorquez-165275>

RESULTADOS

Variable		Media	N	SD	t	sig
Asertividad y control emocional	Pretest	2,2206	17	,51450	-2,231	,040
	Posttest	2,5441	17	,32156		
Afrontamiento adaptativo	Pretest	2,0206	17	,54592	-2,557	,021
	Posttest	2,4082	17	,43487		
Autovaloración con orientación social	Pretest	2,9606	17	,16250	,320	,753
	Posttest	2,9412	17	,17660		
Autodeterminación gestión social	Pretest	2,2794	17	,63666	-,847	,409
	Posttest	2,4118	17	,42335		
Vínculo familiar	Pretest	2,6459	17	,46499	-,445	,662
	Posttest	2,7047	17	,37174		

En términos generales, todas las dimensiones mostraron una mejoría. Al relacionar estos cambios con la pedagogía empleada en estas actividades se encuentra que la mejoría al parecer se asocia especialmente a las características de resiliencia como capacidad de afrontamiento de las situaciones incorporando una mayor asertividad a nivel interpersonal. Este grupo tuvo mayores espacios de interacción: la visita en el hogar donde se podían conversar con mayor privacidad con el psicólogo, talleres en los que podía compartir y generar una ampliación de sus redes de apoyo social y los mensajes de texto que daban la oportunidad de compartir con otras personas o convertirse en la excusa para tener un tema de qué hablar con la familia o los vecinos.

GRUPO DE TRABAJO 4. MENSAJE DE TEXTO

Al analizar los resultados obtenidos por el grupo que solo recibió mensajes de texto, se encuentra que los factores que mostraron cambios significativos después de la intervención fueron la dimensión de *apertura social* y *percepción de autoeficacia* (tabla 6).

Tabla 6. Comparación resiliencia y FPR del Grupo 4 en la medición Pretest- Postest

Variable		Media	N	SD	t	sig
Resiliencia Global	Pretest	2,5895	19	,18825	-1,804	,088
	Postest	2,6737	19	,15218		
Seguimiento de normas	Pretest	2,5789	19	,47910	,900	,380
	Postest	2,4211	19	,69248		
Apertura Social	Pretest	2,7547	19	,21780	2,368	,029
	Postest	2,6242	19	,23443		
Percepción de auto-eficacia	Pretest	2,4421	19	,39765	-3,034	,007
	Postest	2,7579	19	,29499		
Autoplanificación	Pretest	2,7011	19	,35065	-2,077	,052
	Postest	2,8947	19	,22424		
Asertividad y control emocional	Pretest	2,4474	19	,35919	1,375	,186
	Postest	2,3026	19	,31819		
Afrontamiento adaptativo	Pretest	2,3679	19	,46942	-,893	,384
	Postest	2,5084	19	,52493		
Autovaloración con orientación social	Pretest	2,9647	19	,15371	-1,000	,331
	Postest	3,0000	19	,00000		
Autodeterminación gestión social	Pretest	2,3553	19	,54846	-1,738	,099
	Postest	2,6842	19	,50581		
Vínculo familiar	Pretest	2,7363	19	,46687	-1,062	,302
	Postest	2,8416	19	,28163		

Esta actividad se desarrolló con periodicidad empleando siempre el mismo horario para el envío de mensajes, y además incorporó un seguimiento telefónico en el que se les preguntaba a los participantes si habían compartido el mensaje, cuál les había gustado más, entre otras. Es posible que haber establecido una rutina con indicaciones precisas aportara a las personas a mejorar la planificación de sus acciones,

RESULTADOS

prever situaciones a futuro y sentirse más capaces frente a los requerimientos de la cotidianidad, dado el contexto evaluativo más marcado que tuvo esta actividad. Adicionalmente, se observa también una mejora en los aspectos interpersonales que indicarían una respuesta favorable al uso de la telefonía celular como una herramienta de interacción social y como medio de difusión de información relevante para la persona y para la comunidad.

COMPARATIVOS POSTEST ENTRE GRUPOS

Para determinar cuál de las estrategias de intervención tuvo mayor impacto en el desarrollo de la resiliencia y sus factores se utilizó un Análisis de Varianzas de las medias obtenidas en el posttest respondido por las personas, conforme al grupo de intervención que habían escogido (tabla 7).

Tabla 7. Comparación resiliencia y FPR entre grupos en la medición Posttest

Variable	Grupo	N	Media	SD	F	Sig
Resiliencia Global	1	16	2,5563	,15903	2,370	,078
	2	22	2,6868	,14901		
	3	18	2,6389	,17868		
	4	19	2,6737	,15218		
	Total	75	2,6441	,16382		
Seguimiento de normas	1	16	2,3125	,62915	1,421	,244
	2	22	2,2500	,48181		
	3	18	2,6111	,50163		
	4	19	2,4211	,69248		
	Total	75	2,3933	,58294		
Apertura Social	1	16	2,6013	,27114	3,140	,031
	2	22	2,7745	,14867		
	3	18	2,7867	,28489		
	4	19	2,6242	,23443		
	Total	75	2,7024	,24545		

Continúa...

RESILIENCIA EN VÍCTIMAS DE LA OLA INVERNAL EN EL SUR DEL ATLÁNTICO

Variable	Grupo	N	Media	SD	F	Sig
Percepción de auto-eficacia	1	16	2,6000	,35024	1,752	,164
	2	22	2,7818	,31417		
	3	18	2,6000	,33607		
	4	19	2,7579	,29499		
	Total	75	2,6933	,32770		
Autoplanificación	1	16	2,7081	,40160	2,593	,059
	2	22	2,9086	,23534		
	3	18	2,6856	,40376		
	4	19	2,8947	,22424		
	Total	75	2,8088	,32991		
Asertividad y control emocional	1	16	2,3594	,40793	1,603	,196
	2	22	2,3977	,40576		
	3	18	2,5556	,31571		
	4	19	2,3026	,31819		
	Total	75	2,4033	,36965		
Afrontamiento adaptativo	1	16	2,3756	,58095	,468	,706
	2	22	2,3182	,54761		
	3	18	2,3672	,45636		
	4	19	2,5084	,52493		
	Total	75	2,3904	,52315		
Autovaloración con orientación social	1	16	2,8956	,23557	1,363	,261
	2	22	2,9695	,14284		
	3	18	2,9444	,17188		
	4	19	3,0000	,00000		
	Total	75	2,9555	,15874		
Autodeterminación gestión social	1	16	2,3750	,55528	1,721	,171
	2	22	2,5909	,49729		
	3	18	2,3889	,42202		
	4	19	2,6842	,50581		
	Total	75	2,5200	,50296		
Vínculo familiar	1	16	2,6663	,59629	1,570	,204
	2	22	2,8791	,31728		
	3	18	2,6472	,43536		
	4	19	2,8416	,28163		
	Total	75	2,7685	,41752		

RESULTADOS

Aunque en el límite, con un nivel de confianza del 90 % se encontraron diferencias para la *resiliencia global* asociadas al grupo de trabajo, se encontró que el grupo con mayor desarrollo de la resiliencia fue el de talleres, seguido del grupo de mensajes de texto.

Las diferencias fueron significativas para el factor de *apertura social*, y se encontró un mayor puntaje en los grupos de talleres y de estrategias combinadas (visita, taller, mensaje de texto).

Aunque en el límite, también se encontraron diferencias en el factor de *autoplanificación*, que mostró mejores puntajes en el grupo de talleres y de solo mensajes de texto.

A partir de estos resultados se puede concluir que las distintas estrategias de intervención pueden tener efectos diferenciales en las personas, que pueden tener relación tanto por la metodología como por el propósito mismo de dichas estrategias, puesto que las interacciones que plantean son distintas en su naturaleza, pero cada una de ellas aporta al desarrollo de distintos factores de resiliencia.



CONCLUSIONES

El acercamiento a las familias afectadas por la ola invernal en un corregimiento como Bohórquez permitió al equipo de investigación evidenciar las dificultades de la implementación de las políticas de gestión de riesgo en los territorios, especialmente aquellos que no son cabeceras municipales y que, por tanto, su acceso a recursos y medios para la prevención desde la institucionalidad se hace mucho más difícil.

Retomando el concepto de resiliencia social y de resiliencia comunitaria, son muchas las dificultades que enfrentan estas familias para “responder a los desafíos de un ambiente caracterizado por el cambio, la incertidumbre, la impredecibilidad y la sorpresa” (Ruiz-Pérez, 2015, p. 121), esto es, para ser resilientes y adaptarse a los cambios que se avecinan. Esto se evidencia en sus angustias ante el devenir y su desesperanza frente a las instituciones, pues la desconfianza hace mella en las posibilidades de trabajo cooperativo y colectivo.

Se podría decir que al momento del acercamiento inicial, antes de la implementación de la intervención, las familias participantes presentaban indicadores que se pueden considerar antipilares de la resiliencia (Uriarte-Arciniega, 2013). Se manifestaba una percepción de aislamiento social y pobreza política. Sin embargo, en la lucha por la subsistencia se destaca que estas familias optaron, antes que muchas

otras afectadas por la ola invernal, por reconstruir sus viviendas con sus propios medios, dado que en principio la ayuda se concentró en las cabeceras municipales. Esta lentitud en la atención humanitaria y en la intervención estatal se convirtió en un detonante para que la propia comunidad gestionara su entorno y generó una menor tendencia a la dependencia institucional. Con la llegada del proyecto y la implementación del modelo, los resultados evidencian que los procesos de intervención pueden generar una transformación en la percepción que las personas y comunidades tienen sobre su situación e incrementar la valoración positiva de sus recursos para hacerle frente. En general, tras la intervención se evidenciaron cambios favorables en la mayoría de las dimensiones de la resiliencia exploradas.

Ya entrando en la particularidad de las dimensiones que desde el modelo teórico se buscó intervenir, se evidencia que las familias que solo recibieron visitas domiciliarias no mostraron cambios significativos en la medición antes y después de la intervención, lo cual puede indicar que esta estrategia tradicional asociada a la atención pos-desastre no resulta tan efectiva para que las personas puedan experimentar un cambio favorable en su capacidad de gestionar la adversidad.

La participación en los talleres, en cambio, favoreció las dimensiones asociadas a la percepción de autoeficacia, autoplanificación, autodeterminación con gestión social y vínculo familiar, que se podrían señalar como determinantes en procesos de gestión del riesgo y adaptación a los eventos climáticos. Tal como lo afirma Uriarte-Arciniega (2013), la resiliencia comunitaria es la capacidad de la comunidad para detectar y prevenir adversidades, absorber la adversidad y recuperarse tras un daño, de manera que la autoplanificación, la gestión social y el vínculo aportan a la construcción de bases sociales que favorezcan la implementación de acciones dirigidas a mejorar las condiciones de vida y responder ante los riesgos.

También se destaca que el uso de mensajes de texto en el grupo de trabajo respectivo tuvo una gran acogida. Es probable que por su contenido, en el que se encontraban actividades de orientación social en pro

CONCLUSIONES

de una mejor convivencia comunitaria, generara procesos de reflexión que se compartían en comunidad, pues se encontró una mejora en las dimensiones de apertura social y percepción de autoeficacia. Es claro que las TIC han dejado de ser una mera innovación tecnológica y han generado una verdadera transformación de las dinámicas sociales (Gallo, 2005; Santa María 2006), por lo que desafían la comprensión de las dinámicas comunitarias, cuya observación y abordaje suele hacerse desde enfoques que respondían a las realidades de finales del siglo XX, pero que demandan una reinterpretación a la luz de nuestros tiempos y dinámicas comunicativas.

La utilización conjunta de todas las estrategias también permitió identificar cambios en las personas participantes sobre su valoración de dimensiones como la asertividad, el control emocional y el afrontamiento adaptativo, lo que denota una particular mejora en aspectos relacionados con lo intrapersonal. Esto abre la posibilidad de continuar explorando la dinámica de grupo cuando se interviene realizando talleres grupales sumados a visitas personalizadas y los mensajes de texto que mantienen la conexión aun en la distancia. Al parecer esto favorecería un proceso personal de superación del trauma vivido por la emergencia con una mayor potencia terapéutica.

En síntesis, este proyecto ha identificado retos para avanzar en la temática de gestión de riesgo y aumentar la resiliencia en las comunidades; dentro de los cuales se encuentra:

- Superar problemas de inequidad, violencia y desplazamiento.
- Lograr el conocimiento del riesgo y superar la improvisación de las acciones con las comunidades y desde las comunidades.
- Lograr la apropiación del territorio y un adecuado asentamiento humano que permita mantener la cohesión social como pilar de la resiliencia comunitaria.
- Superar el asistencialismo y promover la capacidad de sociogestión de las comunidades.

- Promover acciones reflexivas sobre acciones de reasentamiento o reubicación.
- Conocer la región y sus características para que la política se desarrolle en el territorio.

A partir de la catástrofe invernal que sucedió en el 2010-2011 y de la experiencia del proyecto *Florece mi comunidad* es importante destacar la necesidad de incorporar la conceptualización de la gestión del riesgo como un

proceso social y político a través del cual la sociedad busca controlar los procesos de creación o construcción de riesgo o disminuir el riesgo existente con la intención de fortalecer los procesos de desarrollo sostenible y la seguridad integral de la población. Es una dimensión de la gestión del desarrollo y de su institucionalidad. (Lavell, como se cita en Vargas, 2010, p. 29)

Por ende, las recomendaciones del proyecto no pueden tener otro propósito si no la incorporación de la inclusión de la dimensión psico-social en los lineamientos políticos para la gestión del riesgo de desastres, teniendo como fundamento la realidad del riesgo, pero también de su mitigación y manejo en el territorio, donde se dan las vivencias de comunidades como la del corregimiento de Bohórquez.

Si bien la experiencia de la emergencia y el desastre es vivida de forma colectiva, la vivencia y el impacto tienen repercusiones tanto individuales como sociales. Los seres humanos son irrepetibles, dada sus características psicosociales, que surgen de la pluralidad de su ámbito cultural, económico y social. Es importante la incorporación del acompañamiento psicológico individual y grupal, orientado a disminuir la dependencia y el asistencialismo, que tanta mella hacen en las capacidades de sociogestión y participación de las comunidades. Solo partiendo del fortalecimiento de las capacidades personales y comunitarias se puede generar una mayor apropiación local de actitudes y conocimientos para la prevención y el manejo de catástrofes naturales.

Ahora bien, una perspectiva ecológica del desarrollo humano resalta la importancia de las distintas instituciones que enmarcan la vida de las personas y que aportan a su desarrollo dependiendo del grado de interacción que exista entre ellas. Es importante fortalecer la presencia institucional tanto del Estado como del sector privado, la sociedad civil y la academia para lograr una apropiación social del conocimiento y lograr el reconocimiento de los riesgos, desastres y facilitar la adaptación al cambio climático. Esto se puede lograr teniendo en cuenta el fortalecimiento de las áreas de investigación frente a estos temas en las universidades, así como con la creación de observatorios para el diagnóstico y el estudio de los problemas y riesgos ambientales. Para esto será necesario garantizar los recursos de investigación para controlar los riesgos ambientales y prever el manejo de los problemas actuales o futuros, así como establecer sistemas eficaces de vigilancia de los planes de contingencia y planes de ordenamiento territorial (POT). Con esto se podría proveer a las autoridades la información pertinente y oportuna para la toma de decisiones basadas en la atención integral riesgo.

Por otra parte, la gobernabilidad, entendida como la capacidad del Estado para gobernar, estaría determinada por la forma en la que se interrelacionan los sistemas políticos, sociales, económicos y administrativos facultados de desarrollar y gestionar las actividades necesarias, en este caso, para hacer frente a riesgos ambientales, emergencias y desastres. Al respecto se debe tener en cuenta la implementación de programas para la apropiación de la ley, en los que prime la concientización de las comunidades, la educación y empoderamiento de la corresponsabilidad y la solidaridad, con el fin de generar valores ciudadanos como sentido de pertenencia e identidad hacia el Estado.



Referencias

- ACNUR (2011). Cambio climático y desplazamiento: identificación de vacíos y respuestas. Recuperado de: <http://www.acnur.org/biblioteca/pdf/7413.pdf?view=1>
- Adger, W. N. (2000). Social and ecological resilience: are they related? *Progress in human geography*, 24(3), 347-364.
- Aguilera, M. (2006). El Canal del Dique y su subregión: una economía basada en la riqueza hídrica. En J. Viloria, *Subregiones productivas del Caribe colombiano*. Colección de Economía Regional, Banco de la República, Cartagena.
- Alta Consejería para las Regiones y la Participación Ciudadana (2012). *Reporte Fenómeno de la Niña en Colombia*. Recuperado de: <http://www.regiones.gov.co/Documents/Fenomeno-Nina-Nacional.pdf>
- Amar, Abello, Evans y Kotliarenko (2004). Resiliencia en niños víctimas de violencia intrafamiliar. *Ensayos en Desarrollo Humano*, 5. Barranquilla, Colombia: Ediciones Uninorte.
- Amar, J. y Alcalá, M. (2001). *Políticas Sociales para la Primera Infancia*. Barranquilla: Ediciones Uninorte.
- Amar, J., Abello, R. y Tirado, D. (2004). *Desarrollo infantil y construcción del mundo social*. Barranquilla, Colombia: Ediciones Uninorte.

- Amar, J., Utria, L., Martínez, M. y Crespo, F. (2014). *Manual de aplicación e interpretación de la Escala Factores Personales de Resiliencia FPR-1*. Inédito.
- Arranz, M. y Palacios, M. (2000). Los efectos de los desastres naturales en América Latina: 1990-2000. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 20, 219-233.
- Asociación Americana de Psiquiatría (2000). *DSM-IV. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Barcelona: MASSON.
- Banco Mundial (2012). *Análisis de la gestión del riesgo de desastres en Colombia. Un aporte para la construcción de políticas públicas*. Autor.
- Beck, U. (2006). *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. España.
- Blanco, A. y Díaz, D. (2004). Bienestar Social y Trauma psicosocial: una visión alternativa al trastorno de estrés postraumático. *Clinica y Salud*, 15, 227-252.
- Blanco, A. y Díaz, D. (2005). El bienestar social: su concepto y medición. *Psicothema*, 17, 580-587.
- Blanco, A. y Valera, S. (2007). Los fundamentos de la intervención psicosocial. En B. Amalio y J. Rodríguez, *Intervención Psicosocial*. Madrid: Pearson educación/Prentice-Hall.
- Block, J. y Kremen, A. M. (1996). IQ and ego-resiliency: conceptual and empirical connections and separateness. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70 (2), 349-361. doi: 10.1037/0022-3514.70.2.349
- Boffelli, M., Boggio, C., Chiapessoni, D., Demichelis, M., Demirry, M., Funes, J. et cols. (2008). La construcción del conocimiento sobre catástrofes. *TOG. Revista electrónica de terapia ocupacional Galicia*, 8.
- Boss, M. (1979). *Existential foundations of medicine and psychology*. New York: Jason Aronson.

REFERENCIAS

- Brock, P. Lazarus, P. & Jimerson, S. (2003). Natural disaster. In P. Brock, P. Lazarus y S. Jimerson (Eds.), *Best practices in school crisis prevention and intervention* (pp. 435- 450). Bethesda, MD: National Association of School Psychologists.
- Cabrejos, J. (2005). La promoción de la resiliencia y el diseño de políticas sociales. *Rev. Fac. Cien. Ecón. Univ. Nac. Mayor de San Marcos*, 10 (28), 47-70. Recuperado de: <http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtualdata/publicaciones/economia/28/a04.pdf>
- Calderón, J. (2002). *La salud mental en los desastres*. Recuperado de: <http://cidbimena.desastres.hn/docum/crid/Septiembre2007/CD3/pdf/spa/doc14985/doc14985.htm>
- Campos, A., Holm-Nielsen, N., Díaz, C., Rubiano, D., Costa, C., Ramírez, F. y Dickson, E. (2012). *Análisis de la gestión del riesgo de desastres en Colombia: Un aporte para la construcción de políticas públicas*. Banco Mundial.
- Cardona, O. D. (2009). *La gestión financiera del riesgo de desastres. Instrumentos financieros de retención y transferencia para la Comunidad Andina*. Lima, Perú: Secretaría General de la CAN - PREDECAN.
- Castaño, B. (s.f.). *A propósito del Desplazamiento y lo Psicosocial*. Recuperado de: <http://www.piupc.unal.edu.co/catedra01/pdfs/berthacastano.pdf>
- Cherry, K. E. (2009). *Lifespan perspectives on natural disaster: coping with Katrina, Rita and other storm*. New York: Springer.
- Cohen, O., Leykin, D., Lahad, M., Goldberg, A. & Aharonson-Daniel, L. (2013). The conjoint community resiliency assessment measure as a baseline for profiling and predicting community resilience for emergencies. *Technological Forecasting and Social Change*, 80(9), 1732-1741. doi: 10.1016/j.techfore.2012.12.009
- Cohen, R. E. (1985). Individual reactions to natural disasters. *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*, 98(2), 171-180.

- Colombia Humanitaria (2013). *¿Qué es Colombia Humanitaria?* Recuperado de: [//www.colombiahumanitaria.gov.co/Paginas/Quees-ColombiaHumanitaria.aspx](http://www.colombiahumanitaria.gov.co/Paginas/Quees-ColombiaHumanitaria.aspx)
- Consejo Nacional de Política Económica y Social [CONPES] 3700 de 2011: *Estrategia institucional para la articulación de políticas y acciones en material de cambio climático en Colombia*. Autor.
- Constitución Política de la República de Colombia (1991). Asamblea Nacional Constituyente. Autor.
- Corporación OSSO (2011). *Comportamiento del riesgo en Colombia. Proyecto Análisis de la Gestión del Riesgo de Desastres en Colombia*. Bogotá, Colombia: Banco Mundial.
- De Castro, A. (2005). A Hermeneutical Understanding of the experience of being Anxious. *Journal: Qualitative Research in Psychology*, 2 (2), 141-167
- De Castro, A. y García, G. (2012). *Psicología clínica: fundamentos existenciales*. Barranquilla, Colombia: Ediciones Uninorte.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas [Dane] (2005). *Déficit de vivienda, Censo 2005*. <http://www.dane.gov.co/index.php/es/calidad-vida/deficit-de-vivienda>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas [Dane] (2011). *Registro Único de Damnificados por la Ola Invernal 2010-2011*. Recuperado de: http://www.dane.gov.co/daneweb_V09/index.php?option=com_content&id=1059&Itemid=56
- Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas [Dane] (2012). *Encuesta de Calidad de vida - ECV -, Necesidades básicas insatisfechas*. <http://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-sociales/calidad-de-vida-ecv>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas [Dane] (2013). *Reporte final de áreas afectadas por inundaciones 2010 – 2011*. Recuperado de: dane.gov.co/files/noticias/Reunidos_presentacion_final_areas.pdf

REFERENCIAS

- Departamento Nacional de Planeación [DNP] (2010). *Plan Nacional de Desarrollo 2010-2014. Prosperidad para todos*. Autor.
- Díaz, D., Blanco, A., Sutil, L. y Schweiger, I. (2007). Argumentos para una propuesta psicosocial del trauma: el bienestar, patrón de salud y de trastorno. En S. Yubero, E. Larrañaga y A. Blanco (coords.), *Convivir con la violencia*. Cuenca: Ediciones de la Universidad Castilla-La Mancha.
- Echeverri, S. M. (2000). Proceso de desastre y sus efectos- percepción de riesgo. En J. López (coord.), *Intervención psicosocial en conflictos armados y desastres de origen natural*. Medellín, Colombia: Instituto de Ciencias de la Salud (CES), Centro de Entrenamiento Médico con Simulacros (CEMPAS).
- Faúndez, X. y Cornejo, M. (2010). Aproximaciones al estudio de la Transmisión Generacional del Trauma Psicosocial. *Revista de Psicología*, 19 (2), 31-54.
- Fischer, W. (1988). *Theories of anxiety*. Lanham, USA: University Press of America.
- Flórez, L. (2004). *Psicología de la Salud*. Recuperado de: http://www.psicologiacientifica.com/publicaciones/biblioteca/articulos/arp_salud.htm
- Fredrickson, B. L. & Tugade, M. M. (2003). What Good are Positive Emotions in Crises? A Prospective Study of Resilience and Emotions Following the Terrorist Attacks on the USA on September 11th, 2001. *Journal of Personality and Social Psychology*, 84 (2), 365-27. doi: 10.1037/0022-3514.84.2.365.
- Gallo, J. (2005). Subjetividad y vínculo social. *Antroposmoderno*. Recuperado de: http://www.antroposmoderno.com/antroposmoderno-version-imprimir.php?id_articulo=784
- Gibbons, M., Limoges, C., Nowotny, H., Schwartzman, S., Scott, P. y Trow, M. (1997). *La Nueva Producción del Conocimiento*. Barcelona: Ediciones Pomares - Corredor S.A.

- Gobernación del Atlántico (2010). *Informe de Gestión*. Recuperado de: <http://www.atlantico.gov.co/>
- Gobernación del Atlántico (2012). *Plan Departamental de Gestión del Riesgo*. Atlántico. COL/72959 PNUD-UNGRD. Financiado por la Unión Europea.
- Gonzales, J. (2009). *Las Naciones Unidas y el cambio climático en Colombia. Revisión del riesgo climático del Marco de Asistencia de las Naciones Unidas para el Desarrollo*. Bogotá, D.C.: PNUD.
- González, A. P. (1998). Más allá del currículum: la educación ante el reto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. *Universitas tarraconensis: Revista de Ciències de d'Educació*, 1, 151-162.
- González, J y Grases J. (1992). Desastres. En J. González (coord.), *Medicina de Emergencia en Desastres*. Caracas: Fundación Postgrado de Medicina de Emergencia.
- Grotberg, E. (1995). A guide to promoting resilience in children: strengthening the human spirit, the international resilience project. *Early Childhood Development: Practice and Reflections Number 8*. La Haya, Holanda: Bernard Van Leer Foundation.
- Grotberg, E. (2003). Nuevas tendencias en resiliencia. En *Resiliencia, descubriendo las propias fortalezas*. Paidós.
- Headey, B. y Wearing, A. (s. f.). El Bienestar Subjetivo y el Enfrentamiento ante la Adversidad. Recuperado de: <http://www.fun-humanismo-ciencia.es/felicidad/sociedad/sociedad14.htm>
- Hernández, P. y Blanco, A. (2005). Violencia política y trauma psicosocial. En A. Blanco, R. del Águila y J.M. Sabucedo (Eds.), *Madrid 11-M. Un análisis del mal y sus consecuencias* (pp. 281-310). Madrid: Trotta.
- Herzer, H. (1994). *Los Desastres Naturales: consideraciones conceptuales*. Recuperado de: <http://desastres.usac.edu.gt/documentos/pdf/spa/doc5112/doc5112.htm>

REFERENCIAS

- Holmes, T. H. & Rahe, R. (1967). The social readjustment rating scale. *Journal of Psychosomatic Research*, 11, 213-218.
- IDEAM (2011). *Boletín Informativo sobre el Monitoreo del Fenómeno de “La Niña”*, n° 34, enero de 2011. Autor.
- IDEAM (s.f.). *Resumen Ejecutivo de la Evolución del Fenómeno de “La Niña” 2010-2011*. Autor.
- Ingeniar Ltda. (2011). *Documento técnico síntesis de soporte para la propuesta normativa*. Programa de Reducción de la Vulnerabilidad Fiscal del Estado ante Desastres Naturales APLI (BIRF 7293-CO). Apoyo al fortalecimiento de las políticas e instrumentos financieros del Sistema Nacional para la Prevención y Atención de Desastres (SNPAD) de Colombia –DGR–. Elaboración de un proyecto normativo que permita la implementación de una política y un Sistema Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres, articulado con una estrategia de sostenibilidad financiera, mediante procesos participativos. Bogotá, Colombia.
- Joerin, J., Shaw, R., Takeuchi, Y. & Krishnamurthy, R. (2012). Assessing community resilience to climate-related disasters in Chennai, India. *International Journal of Disaster Risk Reduction*, 7, 44-54. doi: 10.1016/j.ijdr.2012.05.006
- Kalawski, J. y Haz, A. (2003). Y... ¿dónde está la resiliencia? Una reflexión conceptual. *Revista interamericana de psicología*, 37 (2), 365-372. Recuperado de: <http://www.psicorip.org/resumos/perp/rip/rip036a0/rip03726.pdf>
- Kirchner, T. (2003). Estrategias de afrontamiento y nivel de psicoterapia en jóvenes presidiarios. Relación con el tiempo de reclusión y situación penitenciaria. *Revista de Acción Psicológica*, 2(3), 199-211.
- Kotliarenco, M.A., Cáceres, I. y Montecilla, M. (1997). *Estado del arte en resiliencia*.
- Laengle, A (2004). Psicoterapia analítico-existencial de los trastornos depresivos. *Revista chilena de neuro-psiquiatría*, 42 (3), 195-206.

- Lahera, E. (2004). Política y Políticas Públicas. *Serie Políticas Sociales*, 95. División de Desarrollo Social. Santiago de Chile: Cepal, Naciones Unidas.
- Lange, H. J., Kramer, K. & Faber, J. H. (2013). Two approaches using traits to assess ecological resilience: a case study on earthworm communities. *Basic and Applied Ecology*, 74(1), 64-73. doi: 10.1016/j.baae.2012.10.009
- Lavell, A. (2003). *La gestión local del riesgo. Nociones y precisiones en torno al concepto y la práctica*. Guatemala: CEPREDENAC/PNUD. Recuperado de: http://www.desenredando.org/public/libros/2006/ges_loc_riesg/gestion_riesgo_espanol.pdf
- Lavell, A. (2006). *Apuntes para una reflexión institucional en países de la Subregión Andina sobre el enfoque de la Gestión del Riesgo*. Lima, Perú. Recuperado de: <http://www.comunidadandina.org/predecac/doc/r1/docAllan2.pdf>
- Lazarus, R.S. & Folkman, S. (1984). *Stress, appraisal and coping*. New York: Springer.
- Le Treut, H., Somerville, R., Cubasch, U., Ding, Y., Mauritzen, C., Mokssit, A., Peterson, T. & Prather, M. (2007). Historical Overview of Climate Change. In *Climate Change 2007: The Physical Science Basis*. Contribution of Working Group I to the Fourth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change [Solomon, S., D. Qin, M. Manning, Z. Chen, M. Marquis, K.B. Averyt, M. Tignor and H.L. Miller (Eds.)]. Cambridge- New York: Cambridge University Press.
- Ley 49 de 1948*. Congreso de la República de Colombia.
- López, V. (2010). Educación y resiliencia: alas de la transformación social. *Actualidades Investigativas en Educación*, 10 (2), 1-14. Recuperado de: <http://revista.inie.ucr.ac.cr/articulos/2-2010/archivos/resiliencia.pdf>

REFERENCIAS

- Lösel, F., Bliesener, T. & Kofler, P. (1989). On the concept of invulnerability: evaluation and first results of the Bielefeld project. In M. Brambring, F. Lösel & H. Skowronek (Eds.), *Children and risk: assessment, longitudinal research, and intervention* (pp. 186-219). New York: Walther de Gruyter.
- Madariaga, C. (2002). *Trauma psicosocial, Trastorno de Estrés Post-traumático y tortura*. Santiago de Chile: Centro de Salud Mental y Derechos Humanos Cintas.
- Madariaga, C. (2007). Intervención psicosocial para la promoción del desarrollo humano de niños en condiciones de pobreza. En A. Blanco y J. Rodríguez. *Intervención Psicosocial*. Madrid: Pearson educación/Prentice-Hall.
- Manciaux, M., Vanistendael, S., Lecomte, J. y Cyrulnik, B. (2001). La resiliencia: estado de la cuestión. En M. Manciaux (Ed.), *La resiliencia: resistir y rehacerse*. Madrid: Gedisa.
- Manrique, K., Martínez, M. y Turizo, Y. (2007). *Estudio correlacional entre el bienestar psicológico, subjetivo y social y el fatalismo, el trauma y las cogniciones irracionales postraumáticas en personas adultas, desplazadas por la violencia sociopolítica, radicadas en la ciudad de Barranquilla*. (Tesis de pregrado). Programa de Psicología, Universidad del Norte, Barranquilla, Colombia.
- Marín, P. (2009). *Ficha cambio climático en Colombia. Oficial de Programa de cambio climático y energía*. PNUD, 2.
- Martín-Baró, I. (1990). *Psicología Social de la Guerra: trauma y terapia*. El Salvador: UCA editores.
- Martín-Baró, I. (2003). *Poder, ideología y violencia*. Madrid: Trotta.
- Masten, A. S. (2001). Ordinary Magic: Resilience processes in development. *American Psychologist*, 56(3), 227-238. doi: 10.1037/0003-066X.56.3.227
- May, R. (1963). El surgimiento de la psicología existencial. En R. May (Ed.), *Psicología existencial* (pp. 9- 58). Buenos Aires: Gedisa.

- May, R. (2000). *Amor y Voluntad*. México: Gedisa.
- Munist, M., Santos, H., Kotliarenco, M. A., Suárez, E., Infante, F y Grotberg, E. (1998). *Manual de identificación y promoción de la resiliencia en niños y adolescentes*. Washington, D.C.: Organización Panamericana de la Salud.
- Naranjo, J. (2010). Neurología de la Resiliencia y Desastres. *Revista Cubana de Salud Pública*, 36 (3), 270-274.
- Narváez, M., Trujillo, S., Vergara, D. y Martín, M. (2012). *Aspectos psicológicos de la intervención ante los desastres naturales*. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10818/1290>
- Organización Meteorológica Mundial [WMO] (s.f.). *La niña y los fenómenos meteorológicos extremos actuales*. Recuperado de: http://www.wmo.int/pages/mediacentre/factsheet/documents/lanina-qa.final_es.pdf
- Organización Panamericana de la Salud [OPS] (2007). *Situación de salud en las Américas*. Washington, D.C.
- Pacala, S. W., Hurtt, G. C., Baker, D., Peylin, P., Houghton, R. A., Birdsey, R. A. & Field, C. B. (2001). Consistent land-and atmosphere-based US carbon sink estimates. *Science*, 292(5525), 2316-2320.
- Palomar, J. y Gómez, N. (2010). Desarrollo de una escala de medición de la resiliencia con mexicanos. *Interdisciplinaria*, 27 (1), 7-22. Recuperado de: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/180/18014748002.pdf>
- Palomar, J., Lanzagorta, N. & Hernández, J. (2005). Poverty, psychological resources and subjective well-being. *Social Indicators Research*, 73, 375-408.
- Pearlin, L. & Schooler, C. (1978). The structure of coping. *Journal of Health and Social Behavior*, 19 (1), 2-21. doi: 10.2307/2136319

REFERENCIAS


- Pelling, M. (1998). Participation, social capital and vulnerability to urban flooding in Guyana. *Journal of International Development*, 10, 469-86.
- Plan de Desarrollo Municipal, Alcaldía de Campo de la Cruz, 2012-2015. *Construyendo Futuro*.
- Plan Nacional de Desarrollo, 2010 - 2014. *Prosperidad para Todos*.
- Plataforma Climática Latinoamericana [PCL] (2012). *Informe sobre el Estado y Calidad de las Políticas Públicas sobre Cambio Climático y Desarrollo en América Latina: Sector agropecuario y forestal*. Autor.
- Puello, D.S. (2010). La depresión como el trastorno psicológico más frecuente en los adolescentes. *Pensando Psicología*, 6(11), 133-141.
- Renedo, M., Gil, J. y Valero, M. (2007). *Psicología y desastres: aspectos psicosociales*. España: Universitat Jaume.
- Reyes, J. (s.f.). *Manual de Intervenciones en Salud Mental para la Atención de Personas Víctimas de Desastres*. Organización Panamericana de la Salud. Recuperado de: [//www.crid.or.cr/digitalizacion/pdf/spa/doc14718/doc14718.htm](http://www.crid.or.cr/digitalizacion/pdf/spa/doc14718/doc14718.htm)
- Richters, J.E. & Martínez, P.E. (1993). Violent communities, family choices and children's chances: an algorithm for improving the odds. *Development and Psychopathology*, 5 (4), 609-627. doi: 10.1017/S0954579400004223
- Rodríguez, A. (2006). *Valoración del daño psíquico y emocional en víctimas de acoso psicológico en el trabajo*. Universidad Autónoma de Madrid. Recuperado de: http://www.acosomoral.org/pdf/Valoracion_del_da_o_en_victimas_de_acoso.pdf
- Rojas, E. (2000). *La ansiedad*. Editorial Temas de Hoy.
- Rubin, B. y Bloch, E. (2001). *Intervención en crisis y respuesta al trauma. Teorías y práctica*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer.

- Ruiz-Pérez, J. I. (2015). Resiliencia comunitaria: propuesta de una escala y su relación con indicadores de violencia criminal. *Pensamiento Psicológico*, 13(1). doi:10.11144/Javerianacali.PPS113-1.rcpe
- Rutter, M. (1993). Resilience: Some conceptual considerations. *Journal of adolescent health*, 14 (8), 626-631.
- Saavedra, E. (2005). Resiliencia: la historia de Ana y Luis. *Liberabit. Revista de Psicología*, 11, 91-101. Recuperado de: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=68601111>
- Salazar, J., Heredia, D. y Pando, M. (2005). Desastres naturales: efectos psicológicos ante un suceso inesperado. *Vinculación y ciencia*, 17(34), 34-43.
- Sánchez, A. (2011). *Después de la Inundación*. Documentos de Trabajo sobre Economía Regional. Banco de la República. Cartagena, Colombia: CEER.
- Santa María, A. (2006). Influencia de los medios de comunicación en la convivencia familiar. *Asociación Civil Piura* 450. Perú.
- Scheier, M.F. & Carver, C.S. (1988). A model of behavioral self-regulation: Translating intention into action. *Advances in experimental social psychology*, 21, 303-346. doi: 10.1016/S0065-2601(08)60230-0
- Seligman, M. & Csikszentmihalyi, M. (2000). Positive Psychology: An Introduction. *American Psychologist*, 55(1), 5-14. doi: 10.1037/0003-066X.55.1.5
- Sistema de Información Ambiental de Colombia [SIAC] (2013). *Fenómenos El niño y La Niña*. Recuperado de: [//www.siac.gov.co/contenido/contenido.aspx?catID=374yconID=1240](http://www.siac.gov.co/contenido/contenido.aspx?catID=374yconID=1240)
- Sistema para la Atención y Prevención de Desastre [SIGPAD] (2012). *Información general*. Recuperado de: <http://www.sigpad.gov.co/sigpad/index.aspx>

REFERENCIAS

- Skerrat, G. A. (2013). Community resilience, policy corridors and the policy challenge. *Land Use Policy*, 37, 298-310. doi: 10.1016/j.landusepol.2012.07.011
- Stolorow, R. D. (2007). *Trauma and Human Existence: Autobiographical, Psychoanalytic, and Philosophical Reflections*. New York: Routledge.
- Suárez, E. N. (1996). El concepto de resiliencia desde la perspectiva de la promoción de salud. En M.A. Kotliarenco, C. Álvarez y I. Cáceres (comps.), *Resiliencia: Construyendo en adversidad* (pp. 51-64). Santiago, Chile: CEANIM. Recuperado de: <http://www.resiliencia.cl/investig/Res-CAdversidad.pdf>
- Tillich, P. (1961). Existentialism and psychotherapy. *Review of Existential Psychology & Psychiatry*, 1, 8-16
- Trosper, R. (2002). Northwest Coast Indigenous Institutions that Supported Resilience and Sustainability. *Ecological Economics*, 41, 329-344.
- Trujillo, M. (2005). *La resiliencia en la psicología social*. Recuperado de: http://www.psicologia-online.com/articulos/2006/resiliencia_social.shtml
- Unesco (2004). *Hacia las sociedades del conocimiento*. Informe Mundial. Autor.
- Uriarte-Arciniega, J. D. D. (2013). La perspectiva comunitaria de la resiliencia. *Psicología política*, 47, 7-18. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4728958>
- Uribe, R. (2006). *Dimensiones para la democracia. Espacio y criterios*. Cuernavaca: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Vaillant, G. E. (2000). Adaptive mental mechanisms. Their role in a positive psychology. *American Psychologist*, 55, 89-98.

- Vanistendael, S. (1997). *Resiliencia*. Conferencia presentada en el seminario los aportes del concepto resiliencia en los programas de intervención psicosocial. Santiago, Chile.
- Vargas, R. (2010). *Guía Municipal para la Gestión del Riesgo*. Recuperado de: <http://www.sigpad.gov.co/sigpad/archivos/GMGRColombia.pdf>
- Vera-Villaruel, P. y Guerrero, A. (2003). Diferencias en habilidades de resolución de problemas sociales en sujetos optimistas y pesimistas. *Universitas Psychologica*, 2(1), 21-26.
- Vera, B., Carbelo, B. y Vecina, M. L. (2006). La experiencia traumática desde la psicología positiva: resiliencia y crecimiento posttraumático. *Papeles del Psicólogo*, 27(1), 40-49. Recuperado de: <http://www.cop.es/papeles>
- Viñas, F., Caparrós, B. & Masegú, C. (1999). *Estratègies d'afrontament i simptomatologia somàtica autoinformada*. Presentado en la XIV Reunió Anual de la Societat Catalana de Recerca i Teràpia del Comportament. El Masnou (Barcelona).
- Weems, C. F., Scott, B. G., Banks, D. M. & Graham, R. A. (2012). Is TV Traumatic for all Youth? The role of preexisting posttraumatic-stress symptoms in the link between disaster coverage and stress. *Psychological science*, 23(11), 1293-1297.
- Wilson, G. A. (2012). Community resilience, globalization, and transitional pathways of decision-making. *Geoforum*, 43(6), 1218-1231. doi: 10.1016/j.geoforum.2012.03.008.
- Yalom, I. (1984). *Psicoterapia Existencial*. Barcelona: Herder.



Esta obra, editada en Barranquilla por
Editorial Universidad del Norte, en noviembre de 2019.
Se compuso en ITC Berkeley Oldstyle Std y Optima.

Esta obra contiene los resultados del proyecto de investigación “Resiliencia en víctimas de la ola invernal en el sur del Atlántico”, desarrollado por el Instituto de Estudios del Ministerio Público y la Universidad del Norte, con apoyo de Colciencias, en el corregimiento de Bohórquez (Atlántico, Colombia). El objetivo fue validar un modelo de atención para el desarrollo de actitudes resilientes ante el cambio climático, integrando estrategias tradicionales de intervención psicosocial con otras innovadoras, como es el uso de las tecnologías de la información y la comunicación. De esta manera, se espera aportar una metodología de intervención comunitaria que sirva de base para la generación de políticas públicas de gestión del riesgo y estrategias para mitigar el impacto social del cambio climático y los desastres asociados a los fenómenos naturales.